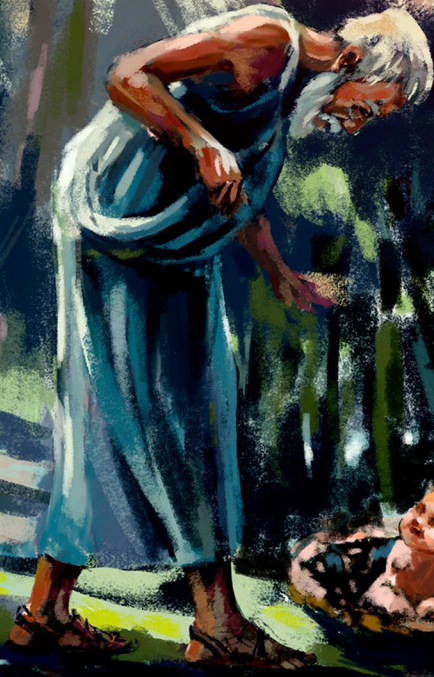


Roma eterna

Cuentos recreados a partir
de temas de la Eneida de Virgilio



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO : FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Iris Ada Quiero
(Coordinación general)

Ilustraciones de Miguel Soria

Elena Ciardonei de Pelliza
Laura López de Vega
Norma Luna
Dolores Granados de Arena
Lucrecia Bracelis

ROMA ETERNA

Roma eterna / Iris Quiero ... [et al.] ; ilustrado por Miguel Soria.
- 1a ed ilustrada. -

Mendoza : Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad
Nacional de Cuyo, 2019.
140 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-774-350-4

1. Mitología. I. Quiero, Iris II. Soria, Miguel, ilus.
CDD 398.22

Diseño gráfico: Clara Luz Muñiz

Ilustraciones: Miguel Soria. Es Artista plástico. Presidente de la Sociedad de Artistas Plásticos de Mendoza. Docente. Restaurador de la Iglesia Catedral de Mendoza.

Impreso en Argentina. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Centro Universitario, Ciudad de Mendoza (5500)

Tel: (261) 4135000 - Interno Editorial: 2240

editorial@ffyl.uncu.edu.ar



Se permite la reproducción de los artículos siempre y cuando se cite la fuente. Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato; adaptar, transformar y construir a partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

Esta revista se publica a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): <http://bdigital.uncu.edu.ar/>, en su Portal de Revistas Digitales en OJS: <http://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/index/index>

Nuestro Repositorio Digital Institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales) <http://repositorios.mincyt.gob.ar/>, enmarcado en las leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899, Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces SECRETARÍA DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA, Resoluciones del MINISTERIO DE CIENCIA, TECNOLOGÍA E INNOVACIÓN PRODUCTIVA N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y N° 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.

Roma Eterna

Cuentos recreados a partir de temas
de la Eneida de Virgilio

Coordinación general: Iris Ada Quiero

Elena Ciardonei de Pelliza

Laura López de Vega

Norma Luna

Dolores Granados de Arena

Lucrecia Bracelis

Ilustraciones: Miguel Soria

Dedicatoria

Esta edición está dedicada
a Dolores Granados de
Arena y a la memoria de
Laura López de Vega

Contenido

La infancia de Eneas. Iris Ada Quiero	13
El joven troyano. Iris Ada Quiero	19
Troya la ciudad Amada. Elena Ciardonei de Pelliza	25
Eneas y Aquiles. Iris Ada Quiero	33
El error de Anquises. Laura López de Vega	41
En la tierra de las Harpías. Laura López de Vega	47
El encuentro con Andrómaca. Laura López de Vega	55
Los troyanos en Sicilia. Laura López de Vega	61
El héroe en la tormenta. Laura López de Vega	69
Carta de Ascanio a su mejor amigo. Elena Ciardonei de Pelliza	77
Los juegos fúnebres. Norma Luna	85
Eneas en el infierno. Elena Ciardonei de Pelliza	93
Por fin Italia. Elena Ciardonei de Pelliza	101
Alianzas en la Hesperia. Dolores Granados de Arena	109
Dos amigos de verdad. Elena Ciardonei de Pelliza	113

ROMA ETERNA

Camila, la amazona. Dolores Granados de Arena	121
Un ejemplo de amor filial. Laura López de Vega	127
La batalla final. Dolores Granados de Arena	133
Roma, ciudad eterna. Lucrecia Bracelis	141
Glosario	149

Eneas, príncipe troyano, hijo de Anquises y de la diosa Venus partió de su ciudad, incendiada por los griegos, con el mandato de los dioses de fundar una nueva Troya, muy lejos, en Italia.

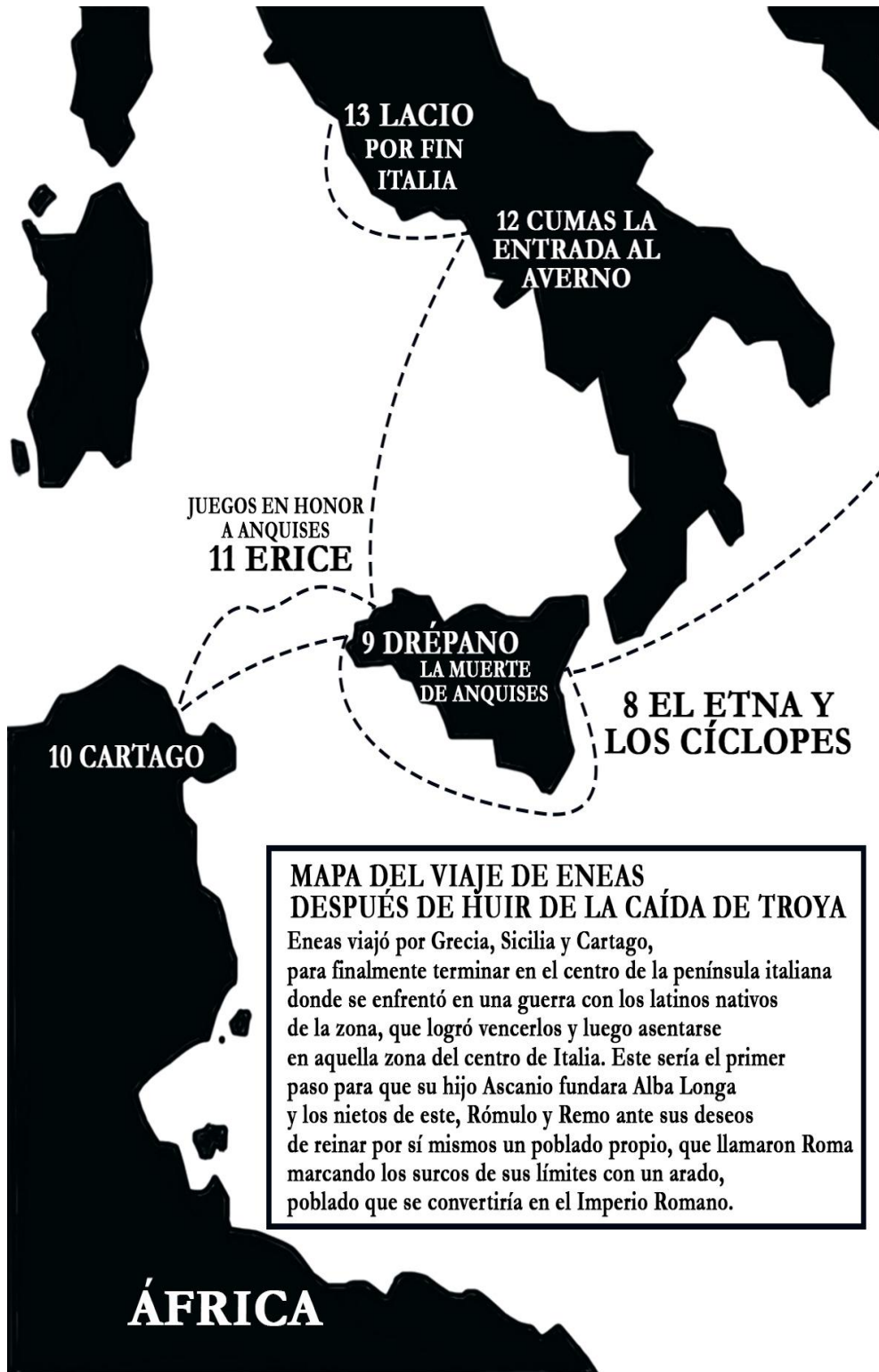
Pero yo, Juno, la reina de los dioses, odio a los troyanos porque un joven de esa ciudad, Paris, en un juicio eligió a Venus como la diosa más hermosa y no a mí. Por eso traté de impedir que Eneas cumpliera su misión y para ello pedí ayuda a Eolo, el dios de los vientos, a Dido, la reina de Cartago, a Juturna, ninfa de las aguas.

Eneas debió enfrentar múltiples peligros, enemigos, luchas y necesidades durante mucho tiempo.

Su madre, Venus, lo protegió, lo ayudó y entorpeció más de una vez mis acciones contra él.

Te invito a conocer el largo viaje del héroe Eneas, sus compañeros, la importancia del accionar de los dioses, los que me apoyaron en el odio contra los troyanos y los que lo ayudaron para que pudiera encontrar en Italia el lugar para fundar su nueva Troya.

Juno



**13 LACIO
POR FIN
ITALIA**

**12 CUMAS LA
ENTRADA AL
AVERNO**

**JUEGOS EN HONOR
A ANQUISES
11 ERICE**

**9 DRÉPANO
LA MUERTE
DE ANQUISES**

**8 EL ETNA Y
LOS CÍCLOPES**

10 CARTAGO

MAPA DEL VIAJE DE ENEAS DESPUÉS DE HUIR DE LA CAÍDA DE TROYA

Eneas viajó por Grecia, Sicilia y Cartago, para finalmente terminar en el centro de la península italiana donde se enfrentó en una guerra con los latinos nativos de la zona, que logró vencerlos y luego asentarse en aquella zona del centro de Italia. Este sería el primer paso para que su hijo Ascanio fundara Alba Longa y los nietos de este, Rómulo y Remo ante sus deseos de reinar por sí mismos un poblado propio, que llamaron Roma marcando los surcos de sus límites con un arado, poblado que se convertiría en el Imperio Romano.

ÁFRICA

GRECIA

SALIDA DE
LA FLOTA
2 TRACIA

1 TROYA

7 BUTROTOS Y
EL ORÁCULO
DE DODONA

6 ISLA DE
ZACINTOS

3 ORÁCULO
DE DELOS

5 ISLA DE
ESTRÓFADES
(HARPÍAS)

4 FUNDACIÓN
DE PÉRGAMO
EN CRETA



La infancia de Eneas

Iris Ada Quiero

El tímido sol asomaba sus dorados rayos por el horizonte. Una brisa primaveral movía apenas los finos cabellos de un niño que, fuerte, saltarín y sonriente, jugaba con una de las ovejas que su padre apacentaba.

-Padre, ya tengo siete años y siempre estuve en la montaña.... ¿Cuándo me llevarás contigo a la ciudad?

El padre, Anquises, acarició con ternura el rostro del niño que enseguida se sentó sobre sus rodillas. Con el mismo amor con que siempre le hablaba, le contestó:

-Creo que ya es tiempo de bajar a la ciudad. Has conocido el lenguaje de los pájaros, eres amigo de los árboles y al tocar estas piedras puedes decir si tendremos buen tiempo o no. Mañana bajaremos.

Los ojos del pequeño Eneas chispearon de felicidad. Sus brazos rodearon el cuello de su padre y besó estruendosamente las cansadas mejillas.

-¡Qué bueno! ¡Aprenderé a manejar las armas! ¡Estudiaré y tendré muchos amigos! Se lo contaré al abuelo Capis esta tarde. ¡Qué alegría papá!



Se incorporó de un brinco y corrió por el monte Ida sin rumbo cierto. Las rocas, las flores, los arbustos, compañeros de los siete años de su vida, conocieron la novedad y fueron partícipes de su alegría.

-Todos los días vendré a visitarte, mirto ¿sabes? Te contaré mis aventuras y aprenderás cada juego nuevo que a mí me enseñen.

Bordeó una gran roca cuya forma ahuecada le había brindado refugio durante varias tormentas y a la que había convertido en una casa de ensueño, con asientos, un jardincito y un altar, gracias a sus hábiles manos. Allí pasaba largas horas cortando troncos, trenzando tiernas y largas ramas. A veces, como hoy, arribaba para comunicarse con su madre Venus.

-¡Mamá, ven pronto! ¡Tengo una gran noticia!

Blancas palomas volaron a su encuentro, se posaron en sus hombros y le anunciaron que la diosa se estaba acercando. Una esbelta figura se dibujó frente a él, femenina, delicada, vestida con una túnica de seda y adornados los cabellos con rosas rojas, amarillas y blancas.

-Aquí estoy, hijo. ¿Qué nuevas me traes?- dijo y besó con amor las mejillas del niño.

-Madre, mañana iré a la ciudad con mi padre. Mi tiempo de montañas ha pasado. Siento alegría, pero... también algo de temor.

-No temas. Siempre enfrentaste los desafíos con valentía. Cada prueba y cada nueva aventura han sido superadas por ti como un juego.

-¡Claro! El abuelo Capis y mi padre estuvieron siempre para guiarme y cada vez que me vi en peligro apareciste tú, madre.

-Lo mismo será ahora. Tu tío Alcatoo se encargará de tu educación, será una aventura más.

-No he tenido hermanos ni amigos. Estuve solo y ahora tendré compañeros en la ciudad. Ya no estaré solo.

-Tu padre te brindará apoyo, la nodriza te acompañará y, cada vez que tu corazón me invoque, allí estaré.

Eneas se cobijó en los brazos maternos. Sintió el calor de su regazo. El dulce sueño cerró sus ojos y lo llevó a un mundo nuevo, el más interesante que su inocente imaginación podía crear.

El joven troyano

Iris Ada Quiero

En Troya, Eneas fue convirtiéndose en un joven piadoso, luchador, valiente, hábil con las manos y de gran destreza física. Una mañana estaba limpiando las armas que el dios Vulcano había forjado, cuando su divina madre apareció ante él.

-Hijo mío- le dijo- mañana se celebran tus bodas con Creusa, hija del rey Príamo, y en tus ojos veo una sombra que los empaña. ¿Qué te pasa?

-Madre, cuando yo tenía siete años y estaba por bajar a la ciudad de Troya, sentí temor. Hoy, alguna inquietud se agita en mí e impide que goce plenamente en vísperas de mi boda.

La rubia Venus tomó sus manos fuertemente y con amorosas palabras contestó:

-Construirás tu propia barca y regirás su timón. Una vida de luchas te espera, mas, finalmente, laureles de gloria ceñirán un día tu frente.

Ante los ojos de Eneas la silueta de su madre desapareció. Quedó solo un perfume de rosas y el consuelo que las palabras maternas otra vez le infundían.

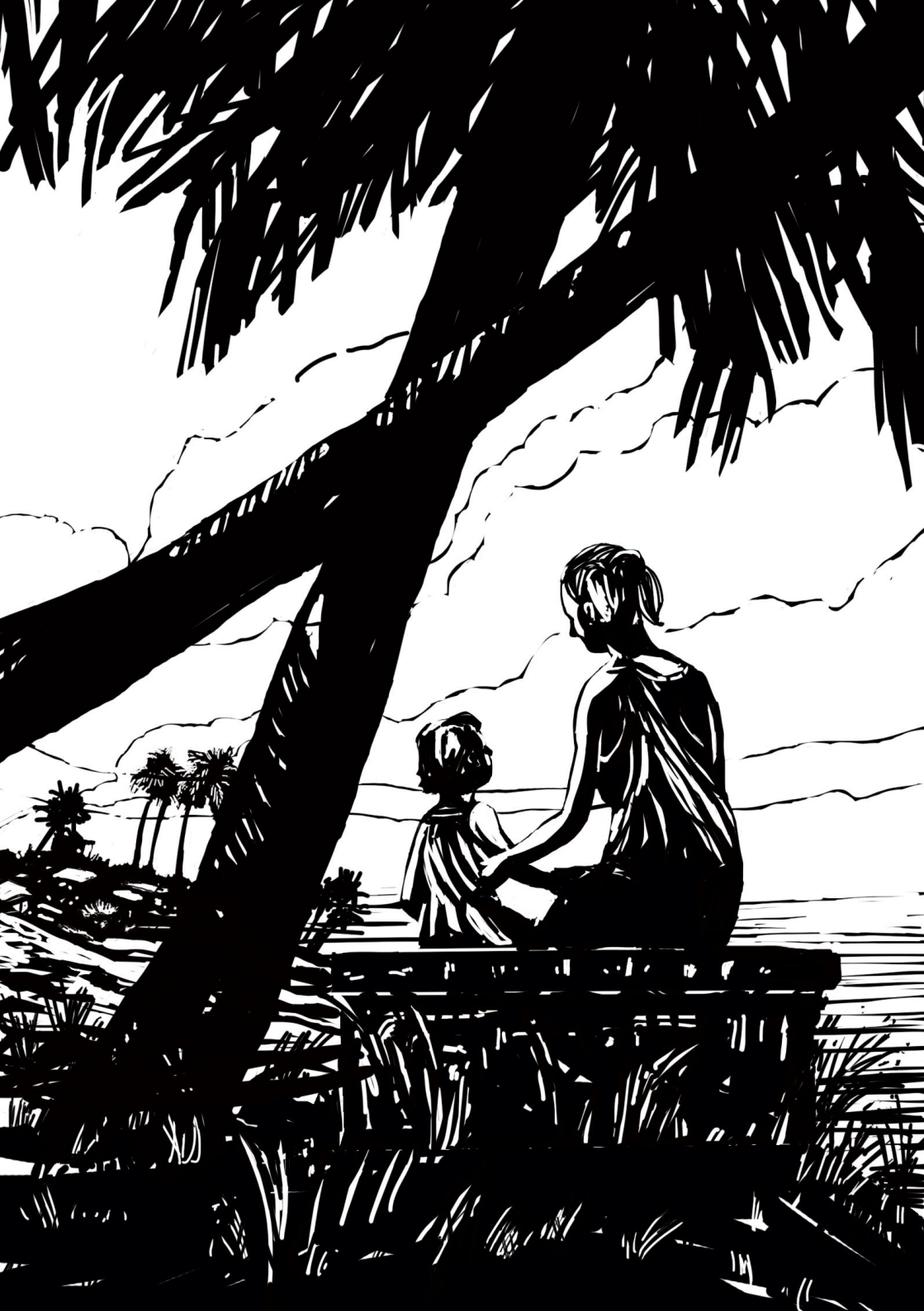
Las bodas de Creusa y Eneas se celebraron con gran esplendor, como correspondía a una princesa y a un joven emparentado con los dioses. Los jardines del palacio fueron adornados con lirios, narcisos, jacintos blancos y azules y tiernas amapolas. Se escuchaban los dulces acordes de las liras y las flautas. La princesa Creusa vestía una túnica blanca engalanada con bordados delicados y sus cabellos lucían una corona de violetas y pensamientos. Hubo juegos y participaron en ellos troyanos de todas las edades. Algunos animales se acercaron desde el monte Ida para compartir la felicidad de Eneas, el amigo de infancia.

Transcurridos algunos meses, el piadoso Eneas corrió al encuentro de su padre Anquises.

-¡Padre, una gran noticia me trae hasta aquí!

-¡Hijo, que alegría me produce tu presencia en el monte Ida! Hace tiempo que no venías...mira, el rebaño comparte mi sentir...

-Padre, acabas de ser abuelo. Creusa tuvo un niño al que llamaremos Ascanio. Es robusto, tiene los ojos del color de los tuyos y la sonrisa de su abuela Venus-.



-¡Qué gran noticia, Eneas!- exclamó el anciano a la vez que abrazaba fuertemente a su hijo. Será el primogénito de una raza noble y de gran fama.

Mientras Anquises conversaba acerca de la descendencia de Ascanio, en Troya, Heleno hablaba a su hermana Creusa con cierta angustia.

-Hermana, me hace feliz el nacimiento de tu hijo. El niño es hermoso, fuerte. Pero... estoy preocupado. Deseo pedirte un favor. Nuestro hermano Paris está próximo a viajar rumbo a Grecia. Estoy convencido de que su decisión acarreará grandes desgracias y no logro persuadirlo para que desista.

-Yo también me siento inquieta, hace poco nuestra madre me confió que antes de dar a luz a Paris había tenido un mal sueño. De su seno salía una antorcha que prendía fuego toda la ciudad de Troya e incluso los bosques del Ida...

-¿Qué dices, hermana? ¿Sabes que eso confirma mis temores?

-Nuestra madre, asustada, acudió con nuestro padre a consultar los oráculos. Estos declararon que Paris sería la causa de la ruina de la ciudad, pero nuestra madre no quiso que lo mataran.

-¡Oh, Creusa! ¿Cómo podremos impedir el viaje de nuestro hermano? ¿Qué tramaremos para evitarlo?

Heleno y Creusa se hallaban preocupados, procurando arribar a una solución. De pronto, Eneas entró en la sala, alborotado y dando grandes voces:

- ¡Amada Creusa! ¿Dónde estás? ¡Oye qué buenas noticias traigo!

Y, ante la presencia de Heleno, se detuvo y lo abrazó con efusividad.

-¡Heleno, estás aquí! Pero... ¿Cómo? ¿No fuiste a despedir a tu hermano? Paris acaba de partir rumbo a Grecia. Un largo viaje lo espera.

Creusa y Heleno se abrazaron y tristes lamentos brotaron de sus labios. Eneas, sin entender completamente la reacción, miró un rayo de luz que ingresaba por la ventana y recordó las palabras de su divina madre:

-“Has crecido en esta patria, fuiste dotado de gran linaje y fortaleza. Un día construirás tu propia barca, cruzarás los mares y con armas de procedencia divina defenderás tu vida y la de los tuyos...”

Una paloma ingresó por la ventana. Portaba en su pico una rosa y se posó sobre el hombro de Eneas. Este acarició el ave, comprendió el mensaje de su madre y, contemplando cómo el rayo de luz se apagaba, dejó que su mente volara con mil cavilaciones y en plena libertad.

Troya la ciudad Amada

Elena Ciardonei de Pelliza

Sentado sobre la arena, cansado y feliz, Eneas miraba el mar que plateaba una luna grande y brillante. A su lado, su hijito imitaba su pose: las piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Detrás de ellos, Troya brillaba con todas sus luces y los cantos alegres subían al cielo.

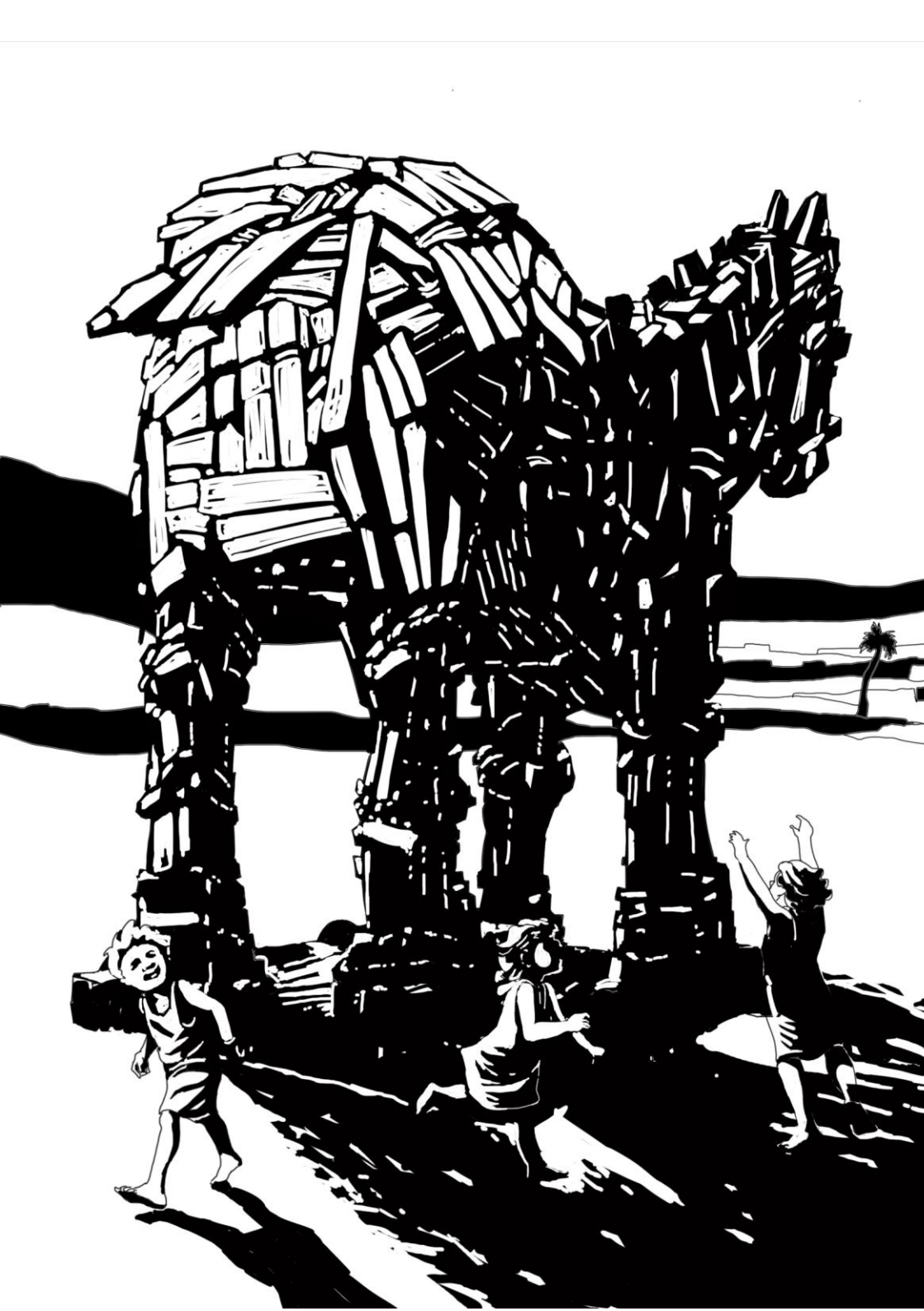
Eneas contempló al niño con ternura. Con los ojos entrecerrados. Ascanio miraba a lo lejos la inmensa playa.

-Tú también deseas que este día no termine, ¿Verdad, hijo? Hoy, por fin, pudiste salir de la ciudad y bajar a la playa. Supe que tus amiguitos te llevaron a ver el lugar que ocupaban los campamentos de los griegos. ¡Llegaste hasta la tienda de Aquiles! Algunos subieron a lo más alto del caballo de madera que dejaron los griegos en la playa.

-¡Qué grande es, papá!

-Es enorme. Para llevarlo al alcázar de la ciudad nuestros hombres tuvieron que abrir una brecha muy ancha en la muralla.

Como si hablara para sí mismo, continuó Eneas:





-Este ha sido un día muy alegre para los troyanos. Por fin estamos libres, los griegos ya partieron. Querían vengar la afrenta de París...

-¿Mi tío Paris?- preguntó Ascanio.

-Sí, el hermano de tu madre. Cuando fue a Grecia raptó a Helena, esposa del caudillo Menelao y la trajo con él. El mismo Menelao y muchos jefes griegos más, con sus armas, vinieron a rescatarla y nos atacaron durante muchos años. Y ahora, por fin, partieron. Mira qué hermosa es nuestra playa, hijo. ¡Y el caballo de madera! No nos cansábamos de mirarlo... Las mujeres y las niñas lo adornaron con coronas de rosas y lirios de nuestros jardines. Sí, pequeño, hoy todo ha sido muy emocionante. Sin embargo...algo me preocupa todavía. ¿Por qué Laoconte, nuestro sacerdote, desconfió de ese caballo? ¿Por qué nos dijo que temía a los griegos aunque nos trajeran regalos?

Pensativo, se puso de pie, levantó en brazos a su hijo y echó a andar hacia su hogar. En el camino, el magnánimo corazón de Eneas se alegraba al ver a su ciudad libre de los crueles enemigos. Sus amigos y vecinos se retiraron a descansar. Todos lo saludaban al pasar con cariño y reconocimiento. Eneas había luchado con valor por Troya y se había ganado un lugar en el corazón de todos.

A la luz de la noche clara, la mole del caballo parecía más grande y tomaba un aspecto amenazador. Los troyanos agotados por la interminable guerra y por la alegría de ser libres, no podían verlo: todos dormían un sueño feliz, el primero después de tantos años.

De pronto, sin ruido alguno, una gran puerta se abrió en el vientre gigantesco del caballo. ¡El regalo era una trampa de los griegos! Era el escondite de incontables guerreros que, antes de que nadie en Troya se diera cuenta, habían ocupado lugares estratégicos en la ciudad dormida e indefensa.

Al comprender lo que pasaba los troyanos comenzaron a despertar, paralizados por el espanto. Se lanzaron a la lucha con valor, pero la sorpresa había disminuido sus fuerzas mientras potenciaba las de sus enemigos. El troyano Eneas se arrojó a la batalla y arrastró con su ejemplo y su valor a sus conciudadanos. Mientras corría por la ciudad tras los enemigos, entre el incendio y el fragor de la lucha, un fantasma tristísimo, el de su cuñado Héctor, se apareció ante él. Estaba cubierto por las heridas por las que había muerto al defender el suelo patrio. Se presentó ante Eneas y dijo:

-Vete Eneas, Troya está perdida. Lleva contigo a tus dioses ¡Salva a tus compañeros! El Destino te manda a que fundes para ellos una ciudad que será grande. Esa es tu misión.

Conmovido, Eneas volvió, sin embargo, a la lucha y fue testigo de la muerte de su anciano rey. El horror lo superó. Pensó en los suyos: su padre Anquises, su esposa Creusa y Ascanio, su hijo.

Debía salvarlos. Corría hacia su hogar cuando, más hermosa y brillante que nunca, se le apareció su madre, Venus y le dijo:

-Hijo querido, piensa en tu padre y tu familia. No resistas, huye. El Destino te obliga a fundar una nueva Troya.

Eneas corrió hacia su casa, reunió a los suyos y todavía quiso volver a la batalla, sin resignarse a perder su ciudad. De pronto, la sangre se heló en sus venas: una nube que cubría el cielo se abrió rápidamente y dejó ver una estrella brillante que titilaba sin cesar y que le señaló el camino con su fulgor. Por allí debían huir si querían salvarse.

Rápidamente se pusieron en camino y lograron llegar al monte Ida, donde muchos otros ya se habían reunido para acompañarlos en la aventura. Pero Eneas, que llevaba a su anciano padre sobre sus hombros y a Ascanio prendido de su mano, no advirtió que en el camino, en medio de la noche, Creusa había quedado atrás.

Desesperado, Eneas volvió a la ciudad donde reinaba un silencio de muerte. Sin temer a los enemigos, Eneas grita el nombre de su esposa una y otra vez. De pronto, surge ante él el fantasma de su amada Creusa que le dice:

-Dulce esposo, los dioses han querido que no me lleves contigo. El Destino cruel te obliga a emprender una larga aventura por el mar. Llegarás a Hesperia y a los fértiles campos del Tíber. Ama mucho a nuestro hijo y no llores por mí...

Ante los ojos atónitos de Eneas la sombra de Creusa desapareció. Llorando amargamente, Eneas comprendió que debía volver con sus compañeros.

La Aurora ascendía en el horizonte con sus luces rosadas. Ya nada ni nadie podían salvar a Troya.

Eneas y Aquiles

Iris Ada Quiero

Luego de una jornada extenuante dedicada a la construcción de las naves, Eneas y su hijo Ascanio se sentaron junto al fuego. Las estrellas centelleaban radiantes en el cielo. La luna llena, en esa noche primaveral traslúcida y calma, invitaba a conversar.

-Padre, en una noche como esta nos preparábamos para partir de Troya. Sin embargo....¡Qué distinto era el panorama que nos rodeaba!

-Fue una larga guerra hijo. ¡Cuánto dolor! Qué desolador ha sido dar sepultura a tantos seres queridos, a nuestros conciudadanos, a nuestros hermanos!

-¿Sabes, padre? Algunas imágenes han quedado muy grabadas en mi memoria. Recuerdo, por ejemplo, cuando saltaste del carro con el escudo y la larga pica. Temías que los aqueos te quitaran el cadáver de Pándaro y lo defendiste como un león.

-Sí, estaba dispuesto a matar a quien se interpusiera. El golpe de una piedra me hirió la pierna ¿Te acuerdas? Caí de

rodillas, la noche cubrió mis ojos y perdí el sentido por el dolor.

-Allí estuvo la abuela Venus. Sin su intervención posiblemente habrías muerto, padre.

En ese momento, mientras Ascanio se incorporaba para agregar algunos leños al fuego, una paloma blanca se aproximó a ellos y depositó en la mano de Eneas una flor.

-Otra vez tú, madre- dijo Eneas mientras seguía con la mirada el ave que se alejaba –otra vez tú, siempre guiándome, de una u otra forma, acompañándome.

Se sentó otra vez Ascanio junto a su padre. Sus ojos adquirirían un resplandor especial frente a la llama reavivada.

-¿Cómo se llamaba aquel guerrero, amigo de Aquiles?

-¿Cuál, hijo? ¿Patroclo?

-No. El que mató a Laógono, a quien el pueblo veneraba como a un dios.

-¡Ah! ¡Meriones! Ese era Meriones.

-¡Claro! ¿Recuerdas ahora, padre? Le arrojaste la lanza con tan mala suerte que se clavó en el suelo, detrás de él.

-Cierto. Quise salvar a Laógono pero no llegué a tiempo y....

-¡Ahí apareció Patroclo! Él se lo llevó.

-Sí, Patroclo...Patroclo - repitió Eneas con cierta nostalgia y Ascanio agregó:

-Después de su muerte aumentó la cólera de Aquiles. Era su amigo fiel.

Eneas abrazó a su hijo, acarició sus suaves cabellos y comentó:

-La guerra deja muchas heridas, físicas y espirituales, Ascanio. Los muertos son llorados y venerados. Las lesiones del cuerpo son curadas con paciencia y dedicación....pero...las del alma tardan en cicatrizar. La pérdida de un amigo descontrola los sentidos pues el vacío y la impotencia perturban la razón.

Ascanio tomó una ramita seca del suelo y comenzó a dibujar rayas cruzadas en la tierra húmeda, mientras decía:

-El abuelo Anquises me comentó que Aquiles había jurado a los dioses, junto al cadáver de Patroclo, perseguir a Héctor, hasta darle muerte.

-Tal fue su cólera, Ascanio. Lo había mandado a la batalla con su carro y sus corceles.





-¿Lo amaba mucho, verdad?

-Mucho, hijo. Con Patroclo había compartido grandes aventuras y múltiples desventuras.

Una estrella fugaz distrajo a Ascanio. La siguió con la mirada y comentó:

-También me contó el abuelo que tan veloz como esa estrella pasaba. Aquiles, en medio de la batalla su apariencia impactaba. Llevaba un escudo grande y fuerte, su coraza relucía más que el resplandor de este fuego y su casco sólido, labrado...Gallarda figura ¿no?

-¿Recuerdas nuestra lucha?

-No. No sabía que te habías enfrentado con Aquiles.

Ascanio se cobijó en los brazos de su padre y apoyando la cabeza sobre su pecho, contempló la llama que se apagaba.

-Aquiles quiso ofenderme, hijo, me recordó que una vez, persiguiéndome por el monte Ida, me había apartado de mis bueyes.

-y el enfrentamiento.... ¿Cómo fue, padre? ¡Cuéntame!

-Arrojé mi lanza de fresno sobre él. El escudo que Vulcano le había forjado al detuvo. Tenía capas de bronce arriba, y de oro abajo.

-¡Qué armas! Sí, me causaron gran admiración. Pero ¡Cuéntame más!

-Arrojé una piedra a Aquiles y le di en el casco. Hubiera sido un funesto fin si los dioses no hubieran intercedido. Los inmortales me exhortaron a abandonar la lucha cada vez que lo enfrentara pues yo tenía una misión impuesta por el hado. La pelea con Aquiles haría peligrar mi vida, en cambio, una vez muerto este, yo podría pelear con cualquier combatiente pues ningún otro aqueo me impediría cumplir mi destino.

Eneas contemplaba absorto la luna resplandeciente. Sus ojos estaban húmedos y lo embargaba la emoción. El recuerdo de aquellos días heroicos y dolorosos a la vez lo abstraía por completo. Cuando volvió la mirada hacia Ascanio descubrió que el niño extenuado, se había dormido.

El error de Anquises

Laura López de Vega

Mientras aún humean los fuegos de Troya, los troyanos, empujados por los augurios a buscar una nueva tierra donde fundar la patria, construyen una flota con la madera de los árboles sagrados del monte Ida.

En los primeros días del verano, el anciano Anquises ordena desplegar las velas para la partida. Eneas va con el pequeño Ascanio, que ha perdido a su madre, y lleva los dioses Penates para restablecer el culto en la nueva y por el momento incierta residencia. Ascanio no entiende muy bien por qué todos lloran al abandonar las costas. Él mismo siente un angustioso cosquilleo en el estómago mientras las naves se alejan de lo que fue la tierra de todos ellos.

-Padre, nunca había subido a un barco, ¡Qué raro me siento! Ya te acostumbrarás, pequeño, le responde Eneas acariciándole la cabeza.

Después de muchos días de navegación llegan a la isla de Delos que quiere decir “la brillante”, consagrada a Apolo. Eneas penetra en el templo del dios, construido de rústica piedra y exclama:

-Dios de Timbra, concédenos una morada estable. Concede a estos hombres, cansados por la guerra y las penurias, una ciudad duradera. ¿A quién debemos seguir? ¿A dónde nos ordenas ir? Envíanos, Padre, una señal.

Apenas había terminado de hablar Eneas, pareció que la tierra temblaba y que las puertas y el laurel consagrado a Apolo y todo alrededor se estremecía. Los hombres se arrodillaron, conmovidos y una profunda voz llegó hasta sus oídos:

- "Esforzados troyanos, debéis volver a vuestros orígenes. Buscad a vuestra antigua madre. Allí dominará la casa de Eneas y los hijos de sus hijos".

Los troyanos se alegran al escuchar la voz del dios, pero ¿cuál es la antigua madre? Entonces Anquises, el más anciano, recordando viejas tradiciones de sus antepasados, cree saber cuál es la antigua madre de los troyanos.

-Escuchad, compañeros: en medio del mar está Creta, la isla del gran Júpiter, cuna de nuestro primer antepasado, Teucro. Dirijámonos allí. Así nos lo ordena Apolo.

Inmediatamente, Anquises sacrifica en los altares un toro en honor de Neptuno, dios del mar; otro en honor de Apolo, que conoce el porvenir; una oveja negra para aplacar la tempestad y una blanca para que los céfiros sean favorables.



Ascanio grita con entusiasmo:

-¡Cretaaa, alláaa vaaamoooss!

Después de tres días, empujados por vientos propicios, los troyanos llegan a Creta. En cuanto desembarcan, Eneas y los suyos se dedican con premura a levantar los muros de una ciudad, a la que llaman Pérgamo en recuerdo de la ciudadela de Troya.

-¿Será esta, por fin, nuestra definitiva residencia?- se pregunta Eneas.

Pero he aquí que en medio de las tareas, una terrible epidemia se abate sobre ellos, una peste que los abrumba con la enfermedad y hasta con la muerte.

-La atmósfera de este país está infectada- sentencia Eneas.
-La peste no solo ataca a los hombres, sino también árboles y sembrados. Se seca la hierba y no germinan las espigas. ¿Qué haremos, padre?-

-Hijo mío- le responde Anquises-, no puede ser esta la tierra que nos señalaba Apolo. ¿Y si fuéramos de nuevo a consultarlo?

Durante esa noche, mientras Eneas se encuentra dormido, se le aparecen en el sueño los dioses Penates, esos dioses familiares que él había rescatado de las llamas de Troya y traía con él como un verdadero tesoro. Los Penates le hablan así, en medio del sueño:

-Eneas, Apolo no te ha recomendado estas costas, ni es Creta la antigua madre. Hay un lugar que los griegos llaman Hesperia, región situada al occidente. Es la tierra donde nació Dárdano, origen de nuestra raza. Ahora la llaman Italia: esa es nuestra verdadera y definitiva residencia.

Eneas salta rápidamente del lecho, busca ansioso a su padre y le expone el sueño, punto por punto. Cuando oye el nombre de Dárdano, Anquises se pone serio y reconoce su error. No es Teucro sino Dárdano el primer antepasado de los troyanos. Sin vacilar exclama:

-A Hesperia, hacia allá debemos ir. Casandra hablaba a menudo acerca de Hesperia y de los reinos itálicos pero ¿Quién creía entonces a la profetisa Casandra? Apolo nos ordena pues, ir a Italia.

-Abuelo ¿Quién era Casandra?

-Casandra era una hermosa muchacha, hija del rey Príamo y hermana de Creusa, tu madre. Tenía un hermano gemelo, Heleno, que, creo, ahora reina en Epiro. Ambos poseían el don de la profecía, pero Casandra había sido condenada a no ser creída. Antes de la caída de Troya, ella nos había advertido que el caballo de madera estaba lleno de soldados griegos armados. Pero nosotros, insensatos, no hicimos caso de sus palabras.

-Si la hubiéramos escuchado, otro sería el cantar- contesta el niño con gracia.

-¡Pobre Casandra! -reflexiona Anquises- ¿Cuál habrá sido su destino? Estará seguramente como esclava de alguno de los jefes griegos. ¡Oh, desdichadas troyanas! El corazón se me estremece cuando pienso en ellas.

Movidos por una nueva esperanza, los troyanos preparan las naves y zarpan sin demora. En lo alto de la popa, Eneas piensa:

-Hesperia, ¿Serás tú, finalmente, nuestra tierra? El niño Ascanio, junto a su abuelo, exclama con entusiasmo:

-Italia, Italia... Me suena bien.

En la tierra de las Harpías

Laura López de Vega

Huyendo de la peste, empujados por nuevos vaticinios, los troyanos abandonan las costas de Creta. Una tormenta los desvía de su rumbo y andan errantes en medio de las tumultuosas olas. Palinuro, el mejor de los pilotos de la flota de Eneas, está desorientado.

-No puedo distinguir en el cielo el día de la noche, Eneas.

-Mantente sereno, Palinuro. Los dioses disiparán la borrasca- lo tranquiliza el anciano Anquises.

Por fin, al cuarto día, divisan tierra.

-Compañeros -dice Eneas entusiasmado-, llegamos a tierra habitada. Mirad las espirales de humo que suben de las chimeneas.

Han llegado a las costas que tienen el nombre griego de Estrófades. En estas tierras viven nada menos que las crueles Harpías, horribles monstruos, pájaros con cabeza de doncellas y afiladas garras, que emiten desagradables graznidos y están pálidas por el hambre que permanentemente las acosa.





Al desembarcar, los troyanos ven pastando en la verde llanura rebaños de bueyes y muchas cabritas sin pastor. Se lanzan sobre ellos con armas en mano y disponen un banquete en honor a Júpiter.

Están disfrutando de la comida cuando, súbitamente, se dejan caer desde lo alto de los montes, las abominables Harpías. Batiendo sus alas con un ruido ensordecedor, les arrebatan los manjares y todo lo contaminan a su solo contacto.

-¡Qué molestos son estos pájaros! ¿Dejarán de meter sus sucios hocicos en nuestras viandas?- pregunta Ascanio.

Anquises, que está sentado a su lado, le pregunta:

-¿Sabes, pequeño, quiénes son las Harpías?

-Cuéntame, abuelo.

-Se llaman Nicotoe, Ocipete y Celeno. Sus nombres quieren decir, respectivamente, Borrasca, Vuela Rápido y Oscura.

-¡Qué nombres bien puestos!- acota el niño.

El abuelo sigue su relato:

-Fineo, rey de Tracia, que tenía poderes de adivino, había quedado ciego y tenía en su reino a las Harpías, que lo atormentaban permanentemente robándole la comida cuando se disponía a ingerirla.

-¡Pobre Fineo, qué flaco estaría con estos molestos pajarracos!

-Cuando los Argonautas emprendieron su expedición a Cólquide en busca del Vellochino de oro, ¿te acuerdas de estas aventuras?, acudieron a Fineo para que les indicara el camino. Él puso como condición que lo librarán de las Harpías. Los hijos de Bóreas, el dios de los vientos del norte, que habita también en Tracia, las persiguieron sin tregua y las malditas se refugiaron en las Estrófades, que significa "Isla del regreso"

-¡Gracias, hijos de Bóreas, por el precioso regalo que nos han dejado!- agregó Ascanio.

Eneas ordena a los suyos buscar otro lugar más resguardado, se instalan entonces bajo una roca hueca rodeada de árboles que ofrecen una hermosa sombra.

Encienden de nuevo el fuego, arman el altar y las mesas. Y otra vez, ahora desde otro punto del cielo, las odiosas Harpías vuelan y vuelan sobre los alimentos, metiendo sus garras aquí y allá e infectando los manjares con sus sucias bocas.

-Imposible librarse de ellas- sentencia Anquises.

Eneas ordena a sus hombres que tomen armas, que las ataquen y las ahuyenten. Los troyanos ocultan entre las

hierbas sus espadas y escudos y cuando nuevamente las Harpías dejan escuchar sus graznidos, Miseno, con su trompeta, desde lo alto de una atalaya, da la señal de ataque. Todos tratan de herir a las aves siniestras, pero son invulnerables: no hay golpe que las hiera o las derribe. Volando en rápida huida, abandonan el botín a medio comer. Una sola, Celeno, la oscura, profetisa funesta, se detiene en lo alto de una roca y lanza una serie de palabras:

-¡Malditos troyanos! ¿Habéis matado nuestros bueyes, nuestras cabras y ahora queréis hacernos la guerra a nosotras, inocentes Harpías, para expulsarnos de nuestro reino?

-Se hace la buenita- dice Ascanio por lo bajo.

-Pues, escuchen - prosigue Celeno- y fijen en su mente este vaticinio que Zeus predijo a Apolo y Apolo a mí, que soy la mayor: en vuestro recorrido tratáis de llegar a Italia, y llegaréis allí, con el favor de los vientos, y penetraréis en sus puertos. Pero antes de que levantéis vuestras murallas, sufriréis un hambre espantosa y, en castigo por la matanza que habéis intentado contra nosotras, el hambre os obligará a devorar vuestras propias mesas.

-¿Comernos nuestras mesas? -pregunta extrañado Ascanio.

Después de hablar, Celeno remonta vuelo y se interna en el bosque. Los troyanos quedan abatidos por la profecía de la

Harpía. Anquises, con las manos tendidas al cielo, invoca a las divinidades:

-Dioses, alejad de nosotros la desgracia que nos ha vaticinado este monstruo. Protegednos a quienes siempre hemos sido piadosos.

De inmediato, ordena soltar las amarras. El Noto, dios del viento del sur, hace desplegar las velas, y el piloto Palinuro marca la dirección correcta.

El encuentro con Andrómaca

Laura López de Vega

En su peregrinar por el mar, los troyanos han llegado a Epiro. Desembarcan y reciben noticias que les parecen increíbles. En esta ciudad, que se llama Butroto, reina Heleno, hijo de Príamo, casado ahora con Andrómaca, la viuda del valeroso Héctor. Aquí, en recuerdo del troyano Caón, dieron al lugar el nombre de Caonia y sobre las montañas, construyeron una nueva Troya en pequeño, con su ciudadela que imita a Pérgamo y con sus ríos, el Janto y el Simois.

Eneas está recorriendo el lugar y encuentra en un bosque sagrado, junto a la corriente del Simois, a Andrómaca, que en un pequeño altar ofrece sacrificios a la memoria de su inolvidable esposo.

Andrómaca se sorprende ante la vista de Eneas y, nerviosa y azorada, le hace una pregunta tras otra:

-¿Eres tú, Eneas, hijo de Venus? ¿Qué dioses te han marcado el camino?? ¿Qué vientos te han traído hasta aquí? ¿Vive tu padre? Supe de la muerte de Creusa, ¿Qué es del pequeño Ascanio? ¿Lo traes contigo? ¡Qué ansiosa

estoy de verlo y abrazarlo! Debe tener ahora la edad que tendría mi pequeño Astianacte. ¿Está afligido por la pérdida de su madre?

Eneas contempla a Andrómaca. Su rostro sigue tan bello como antes, pero los sufrimientos le han dejado huellas. Tiene los ojos tristes.

-Andrómaca, esposa de Héctor, ¿Eres tú? -pregunta Eneas emocionado- ¿Qué pasó contigo después de la caída de Troya?

-Después de la destrucción de nuestra patria, caí esclava del cruel hijo de Aquiles. Este, después de hacerme pasar muchos pesares, me entregó a Heleno, que, por suerte, es un buen esposo.

En ese momento se acerca el rey Heleno, hijo de Príamo, con numeroso séquito. Reconoce a los troyanos, abraza a Eneas y a su padre y contento les brinda hospitalidad en su palacio. Les sirven exquisitos manjares en platos de oro y les ofrecen abundante vino. Los compañeros de Eneas se sienten felices en esta tierra amiga. Ascanio le confía al mismo Acates:

-¡Qué alegría! Después de lo que pasamos en la tierra de las Harpías, ¡Qué bien me siento aquí, lejos de esos monstruosos pajarracos que nos quitaban la comida!



El rey Heleno tiene poderes de adivino, por eso Eneas, deseoso de conocer lo que vendrá, le dirige estas palabras:

-Troyano, intérprete de los dioses, que conoces los deseos de Apolo, los astros y los presagios de las aves, sé por el oráculo que debo dirigirme a Italia para fundar allí una nueva Troya. Pero hace poco, la Harpía Celeno me ha vaticinado cosas terribles y un hambre calamitosa. Dime ¿Qué peligros debo evitar? ¿De qué manera puedo superar tan grandes pruebas?

Entonces Heleno, después de sacrificar unos novillos, según la costumbre, invoca la paz de los dioses, desata las cintas sagradas que rodean su cabeza y ante el umbral de Apolo ruega:

-Oh, Apolo de Timbra, que siempre te has compadecido de los sufrimientos de Troya, ¿A dónde ordenas que vayan estos hombres? ¿Dónde quieres que se establezcan finalmente? Envíame, padre, una señal, y penetra en mi corazón, para que pueda interpretar tus designios. Al poco rato todo tiembla alrededor, Heleno ya tiene la respuesta:

-Eneas, hijo de Venus, tienes todavía mucho que andar hasta llegar a destino.

-Pero el oráculo...- le interrumpe Eneas.

-Deberás cruzar los lagos del infierno. Habrás llegado al término de tu peregrinar cuando encuentres junto a la

corriente de un río, bajo las encinas de la orilla, una cerda blanca, tendida en la tierra, con una cría de treinta cerditos. Allí deberá fundarse la ciudad. Ese será el término de tus fatigas.

Los troyanos viven en Butroto días felices. Ascanio corre contento por los lugares que le recuerdan vagamente su tierra natal. Cuando llega la hora de partir, el buen Heleno les ofrece con generosidad gran cantidad de regalos: objetos de oro y marfil, corazas tejidas con malla y triple hilo de oro, cascos rematados con vistosos penachos. Además, provee a los troyanos de armas y remeros. El rey entrega también valiosos presentes al anciano Anquises y le habla con gran ternura:

-Anquises, venerable anciano, eres afortunado por el amor y la piedad que te profesa tu hijo. Recibe de mi parte estos vasos de plata, como recuerdo de tu paso por mi reino.

-Gracias, muchas gracias, hijo de Príamo. Cuida de Andrómaca. Nunca olvidaremos tu hospitalidad.

Por su parte Andrómaca, entristecida por la partida de los troyanos, se acerca trayendo unos vestidos bordados con hilos de oro y una clámide frigia para Ascanio. Besándolo con mucho afecto, le dice:

-Toma estos regalos, mi querido niño, y que sean para ti un recuerdo de mis manos.

Ascanio corresponde con cariño a Andrómaca, que con lágrimas en los ojos recuerda:

-Eres la viva imagen de mi hijo Astianacte. Así tendría él los ojos, así las manos, así el rostro. Ahora sería un muchachito de tu misma edad.

El hijo de Eneas cubre de besos el rostro y las manos de Andrómaca y la consuela así:

-Querida Andrómaca, en mí tienes a tu hijo...

Heleno, emocionado, grita: -¡Troyanos, Vayan con vientos favorables!

Eneas se despide diciendo:

-Sean felices, amigos, vivan felices ustedes que ya han logrado el reposo. Los llevamos en lo más profundo de nuestros corazones. Si alguna vez llego al Tíber y veo los muros destinados a mi pueblo, recordaré esta pequeña Troya, hermana de la otra grande, y las dos serán una sola patria para nuestros nietos. ¡Adiós, queridos amigos, adiós!

-¡Adiós, Andrómaca! -Grita Ascanio.

Y las naves parten a toda vela.

Los troyanos en Sicilia

Laura López de Vega

Eneas y los suyos han llegado a Ceraunia, desde donde el camino a Italia es ya muy corto. Se tienden en la orilla para reponer fuerzas, contentos por la generosa hospitalidad que Heleno y Andrómaca les han brindado, pero, al mismo tiempo, preocupados por las profecías de la Harpía Celeno.

Ascanio, recostado junto a su padre, le confiesa:

-¡Qué buena ha sido Andrómaca conmigo! ¡Qué cariñosa!
¿Volveremos a verla?

-Solo los dioses lo saben, hijo. Duerme, que ya es noche cerrada.

El sueño cae sobre los troyanos. Palinuro, vigilante, se levanta del lecho, indaga el firmamento, recoge con su oído el soplo de las brisas, observa los astros que ruedan por el cielo: la Osa Mayor, la estrella Arturo, la constelación de Orión... Una vez que ve que todo está en calma, da desde la popa la señal de partir. A toda prisa los hombres levantan campamento, suben a las naves y despliegan las velas.





La Aurora enrojece el horizonte cuando los troyanos divisan a lo lejos oscuras colinas y la tierra poco elevada de la ansiada Italia.

-¡Italia! -grita Acates.

-¡Salve Italia! - saludan todos alborozados.

-¡Italia, por fin! -Dice Eneas para sí mismo.

El anciano Anquises llena de vino una gran cratera, la cubre con una corona y desde lo alto de la popa suplica:

-¡Dioses soberanos del mar y de la tierra y de las tempestades, dadnos camino fácil, enviadnos vientos propicios!

Desembarcan los troyanos en tierra itálica. En medio de una llanura cubierta de césped verde, ven cuatro caballos blancos. El padre Anquises interpreta esto como un presagio:

-Tierra de Italia, ¿Nos anuncias guerras?

-¿Por qué dices eso, abuelo? - pregunta Ascanio.

-Para la guerra se arman los caballos... pero a estos mismos caballos se los engancha a un carro para el trabajo. Hay también esperanzas de paz.

Encuentran aquí un templo edificado para honrar a Minerva. Siguiendo el rito, se cubren la cabeza ante los altares con el velo frigio e invocan a la diosa.

-Volvamos a las naves -ordena Eneas.

Prosiguen la navegación. Cruzan la entrada del golfo de Tarento y, a lo lejos, aparecen ante sus ojos las cumbres del volcán Etna siciliano. Oyen un formidable rugido del mar y los golpes que este da contra las rocas. El anciano Anquises advierte:

-Aquí están, sin duda, Escila y Caribdis, estos son los escollos que nos profetizaba el buen Heleno. Salgamos de aquí, compañeros, huyamos de estos peligrosos lugares.

Tal como se les ordena, los troyanos esquivan los escollos girando hacia la izquierda con toda rapidez. Sin embargo, un violento remolino los levanta hacia el cielo por tres veces, por tres veces los baja hacia el abismo. Por fin, rendidos por el cansancio, llegan a las costas de los cíclopes. Al abrigo de los vientos hay un puerto apacible, pero cerca truena el volcán Etna con terribles erupciones de ceniza caliente.

-Abuelo, ¿Por qué esos remolinos de llamas que suben alto, casi hasta las estrellas? -pregunta Ascanio asustado.

-Cuenta la Fama que el gigante Encélado pretendió escalar el cielo. Júpiter quiso eliminar al monstruo con su rayo. El

gigante, semiquemado como estaba, intentó huir, pero Júpiter le echó encima la isla de Sicilia. Debajo del Etna se halla el gigante sepultado.

-¿Debajo del Volcán está Encélado? -pregunta Ascanio con ojos asombrados.

-Así cuentan. Cuando exhala su inflamado aliento por el entreabierto abismo, o cuando cambia de postura para descansar... ¡Sicilia entera tiembla!

-Pues ahora está haciendo las dos cosas a la vez: exhalando su aliento y cambiando de posición, ¿no te parece, abuelo?

Al día siguiente los troyanos avistan en lo alto del monte al pastor Polifemo, el más temible de los cíclopes, moviéndose, enorme, en medio de sus lanudas ovejas.

-Padre, ¿por qué llaman cíclopes a los habitantes de este lugar? -pregunta Ascanio, que quiere averiguar todo.

-Porque tienen un solo ojo en medio de la frente. Poseen una forja subterránea y trabajan con gran estrépito. El resoplido de sus fuelles y el estruendo de sus yunques retumba en el fondo de los volcanes sicilianos -le responde Eneas- este que ha aparecido en el monte, es Polifemo. Nos ha llegado la noticia de que Ulises y los suyos estuvieron en este lugar hace tres meses. Polifemo los encerró en su cueva y había amenazado con ir comiéndose a los griegos uno por uno. Pero el ingenioso Ulises lo cegó

con una estaca afilada hecha con el mástil de un barco arruinado.

-Este Ulises se las sabe todas... -Acota Ascanio

-Ahora Polifemo vaga con su rebaño y baja al mar para lavar la órbita de su ojo que está vacía.

Los troyanos deciden abandonar la tierra de los cíclopes. Polifemo se da cuenta de la presencia de extraños. Desvía sus pasos hacia donde escucha voces y, cuando comprende que no tiene posibilidad alguna de apresarlos con sus gigantescas manos, lanza un formidable alarido que hace temblar el mar. Avisados por esta señal, todos los cíclopes acuden corriendo desde el bosque y desde lo alto de los montes en dirección a la playa, y los navegantes pueden ver el horrendo espectáculo de estas monstruosas criaturas aglomeradas en la costa.

Los troyanos toman rumbo hacia el sur, bordeando la orilla oriental de Sicilia. Luego se dirigen a occidente y llegan al puerto de Drépano, al pie del monte Erix. Aquí acontece una enorme desgracia para los troyanos. Agobiado por tantas penurias, muere súbitamente el anciano Anquises. Eneas, desconsolado, se lamenta así:

-¡Ay, padre mío! Ni el adivino Heleno, ni la cruel Celeno, ni ningún oráculo me anunciaron este dolor tan grande. ¡Ay, padre, mi guía y mi apoyo! ¿Que haré en adelante sin ti?

-Me tienes a mí... -Susurra una voz a su lado.

-Sí, mi querido Ascanio. Tú serás mi fortaleza y mi consuelo.
Y los dos lloran abrazados.

El héroe en la tormenta

Laura López de Vega

Mientras los troyanos se alejan de las tierras de Sicilia, en donde ha quedado para siempre el venerable Anquises, y dirigen sus velas hacia alta mar y cortan con sus quillas las saladas espumas, la diosa Juno, esposa de Júpiter, arde de indignación.

-Yo la reina de los dioses, ¿puedo aceptar que los troyanos, mis odiados enemigos, lleguen a las costas de Italia? ¿Puedo consentir que Eneas, el hijo de Venus, por la que Paris despreció mi hermosura, arribe a buen puerto? ¡No! ¡No lo permitiré! ¡No lo per mi ti ré!

Y sin perder un minuto Juno llega a Eolia, patria de las tormentas, región de furiosos vendavales. Aquí reina Eolo, que con su poder retiene en una enorme gruta los impetuosos vientos y las ruidosas tempestades. La diosa se dirige a él y con melifluas palabras trata de convencerlo:

-Eolo, querido amigo...

-¿A qué debo este honor, hermosa Juno, hija de Saturno?





-Sé que Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, te ha concedido el poder de apaciguar el oleaje o de levantarlo con la ayuda de los vientos.

-Ese es mi trabajo, reina.

-Necesito que me ayudes y me secundes en un plan que tengo. Un pueblo al que detesto...

-¿Son los troyanos, acaso?

-Efectivamente. Este pueblo navega por el mar Tirreno tratando de llegar a las tierras de Italia. -¿Es Eneas, a quien llaman el piadoso, el que los guía?

-Es él. Quiero cortarles el camino. Vengo a pedirte que desates la fuerza de los vientos, que destruyas sus naves, que los disperses por el mar.

-Y a cambio de eso... ¿Qué?

-A cambio de eso, te ofrezco por esposa a la más hermosa de las catorce ninfas que tengo, a Deiopea, una belleza. Piénsalo, querido Eolo.

Pero Eolo no lo pensó demasiado. Empujó hacia un costado el monte que cerraba la entrada de la gruta y ordenó:

-¡Salgan, vientos soplen con fuerza, denle duro a las naves de los troyanos!

Los vientos, como un ejército en marcha, se precipitaron afuera en forma de violentos remolinos. A un tiempo el Noto, el Euro y el Ábrego remueven el mar desde lo profundo y levantan gigantescas olas. Las nubes lo cubren todo; el cielo brilla con continuos relámpagos y se estremece con el trueno. Montañas de agua se abaten sobre las embarcaciones de los troyanos. Rugen los cables, se quiebran los remos y se escuchan los gritos de los hombres.

-¡Orontes, mantén el rumbo!

-¡Abante, aférrate con fuerza!

-¡Oh, Neptuno, dios del mar, acuérdate de nosotros!

El piloto Orontes es lanzado hacia adelante y cae de cabeza al mar. El Noto estrella tres naves contra unos peñascos, otras tres desaparecen, devoradas por un torbellino. Las sólidas embarcaciones que quedan están a punto de ser vencidas por la tempestad, agrietadas por la violencia del oleaje. Se oyen voces que preguntan angustiadas:

-¿Y el niño Ascanio, el hijo de Eneas, dónde está?

En una de las naves que aún resisten, el anciano Aletes estrecha contra su cuerpo al pequeño Ascanio, que llora sin comprender, y lo protege del peligro que lo acecha.

Eneas, gimiendo, tiende sus manos al cielo y se lamenta así:

-¡Oh, una y mil veces felices aquellos que murieron en Troya, cerca de sus padres!

Entre tanto Neptuno, el dios del mar, que ha escuchado el rugido de los vientos y las súplicas de los troyanos, saca la cabeza por encima de las olas y su rostro apacible, hermoseedo por su larga barba, contempla el espectáculo que ofrece la flota dispersa.

Frunciendo el ceño, piensa:

-Esto es cosa de Juno, mi hermana...esa bruja, con su odio a los troyanos... Enseguida llama a los vientos y los reprende en estos términos.

-¿Qué se han creído, vientos? ¿Cómo se han atrevido a mezclar el cielo y la tierra y a levantar tan grandes moles de agua sin mi consentimiento? Se merecen un castigo... ¡Pero antes tengo que arreglar este desastre!

Y con suma rapidez, el noble Neptuno aplaca las aguas embravecidas, disipa las nubes y hace salir el sol. Ahora reina la calma sobre el mar. Entonces el dios, sobre las ligeras ruedas de su carro, se desliza veloz por encima de las olas, satisfecho por lo que acababa de hacer.

Los troyanos han sido arrojados a las costas de Libia, en el norte de África. Solo les han quedado siete naves. Desembarcan y toman posesión de la playa, tan deseada. Se tiran sobre la arena, agotados y dejan reposar sus

cuerpos. El pequeño Ascanio juega con su padre que le revuelve los cabellos mojados.

-¡Ay, niño mío, por fin en tierra firme!

Los troyanos se rehacen. Acates hace saltar chispas frotando dos piedras, acerca unas hojas secas y salta la llama.

-¡Uupyyy! ¡Ya tenemos fuego! -grita Ascanio alborotado.

Otros se apresuran a moler y a tostar el trigo que han podido salvar.

-¿Cuándo comemos? -Pregunta más de uno.

El mismo Eneas caza algunos ciervos, que reparte entre sus hombres, e intenta consolar sus corazones afligidos:

-Compañeros míos, hemos sufrido muchas calamidades. Los dioses pondrán fin también a estas de ahora. Recuperad el ánimo, abrigad esperanzas. Llegaremos finalmente a Italia y allí fundaremos una nueva Troya.

Los troyanos escuchan a su jefe. Lamentan la pérdida de sus compañeros, vacilan entre el temor y la esperanza. Eneas, con Ascanio de la mano, los contempla pensativo:

-¿Qué nos deparará el Destino en estas extrañas tierras?

Carta de Ascanio a su mejor amigo

Elena Ciardonei de Pelliza

¡Hola querido amigo! Soy Ascanio. Quiero hablarte un ratito. Me siento un poco triste.

Estoy sentado en la alta popa de la nave de mi padre, que gobierna el piloto Palinuro con mano segura. Tan cerca de mí que podría tocarlo con solo estirar mi brazo, está mi padre, apoyado en la borda. Mira con los ojos entrecerrados cómo se aleja de nosotros la costa de África.

¿Qué pensará? No quiero interrumpir sus pensamientos. Voy a contarte a ti, amigo mío, los días felices que viví en esa tierra que cada vez parece más pequeña en el horizonte.

Después de que la furiosa tempestad destrozó nuestra armada, mi padre y sus cansados compañeros enderezaron el rumbo hacia las costas más cercanas, las de África. Dicen que sus habitantes son muy belicosos. Nos recibieron, sin embargo, afectuosamente, porque así lo había dispuesto Júpiter, Venus, mi abuela, le había dicho:

-Padre Júpiter, protege a Eneas, a Ascanio, a sus compañeros. Ya han sufrido tanto...

Y Júpiter, parado en la cima del Olimpo, le contestó con su voz de trueno:

-No temas, hija mía. La tierra africana abrirá los brazos para recibirlos.

Los tirios -que así se llaman los habitantes de ese lugar-, estaban construyendo su ciudad, Cartago, entusiasmados, como las abejas que hacen su trabajo en los campos floridos. Mi padre miraba con un poco de envidia a esos hombres que ya levantaban los edificios de su ciudad. Yo también. La nuestra, la nueva Troya, ¡Quién sabe cuándo se hará realidad!

De pronto, llegó la reina, rodeada por una gran comitiva. ¡Qué bella me pareció... y qué alta! Su hermosa cabeza sobresalía por encima de todos y sus cabellos rubios brillaban más que el sol. Nos dijo:

-Troyanos, soy la reina Dido. ¡Bienvenidos! He oído hablar de Troya y de sus héroes. Les ofrezco mi hospitalidad y la de todo mi pueblo.

Mi padre se presentó a la reina y yo no te puedo contar qué le dijo, porque me había quedado sordo y mudo mirándola. Pero recuerdo bien que fuimos a su palacio, que es mucho más grande que mi casa, y que allí vi las más mullidas alfombras y adornos de oro y plata por todos lados. Mi padre le regaló a Dido un collar de perlas y una diadema de oro y piedras preciosas, un manto bordado... ¡qué sé yo!,

regalos que se habían salvado, por suerte, del desastre de la tempestad.

Había en el palacio tantos servidores como te puedes imaginar. Dispusieron gran cantidad de mesas en un enorme y lujoso salón, y como cincuenta muchachos y muchachas pusieron sobre las mesas riquísimos manjares y copas para todos. Mi padre y la reina se sentaron uno al lado del otro, en largos asientos cubiertos por tapices bordados. Y yo, feliz después de tantas amarguras, me arrojé al cuello de mi padre y le di un montón de besos. Él me apretó muy fuerte contra su corazón. ¡Cuántas aventuras habíamos vivido juntos desde que salimos de nuestra amada Troya!

También la reina fue muy cariñosa conmigo, y yo, que tanto extraño el amor de mi madre, me puse muy contento, y comí muchísimo y hablé con todo el mundo.

Después de la comida, llenaron de vino las copas, grandes y de oro, y se presentó Lopas, que tocaba la cítara y se dedicó a cantar canciones alegres. Cuando Lopas terminó, Dido pidió a mi padre que le contara acerca de Troya y de las insidias de los griegos. Yo cansado y contento, me dormí profundamente en los brazos de Dido.

Había comenzado para mí un tiempo de alegría. Todos los días iba con otros muchachos al mar o andábamos a caballo, o corríamos locas carreras por los montes.





Un día, apenas la Aurora se levantó del Océano, fuimos a cazar, junto con los mayores. Llevábamos redes y jabalinas con puntas de hierro. ¿Podré contarte lo hermosa que estaba Dido? Iba vestida con clámide roja bordeada de oro, y llevaba una redecilla dorada que encerraba sus largos cabellos. Hasta su caballo estaba adornado con púrpura y oro. Pero te aseguro que, entre todos los cazadores, mi padre era el más apuesto. Yo iba cantando de alegría y monté mi brioso caballo. Deseaba encontrar a mi paso leones y jabalíes. ¿Te parece que hubiera podido con ellos?

De pronto, una tormenta inesperada interrumpió la cacería. La lluvia no permitía que nos viéramos bien unos a otros y el viento nos impedía avanzar. Acates me cuidaba a pedido de mi padre y guio mi caballo hacia un refugio. ¡Adiós, cacería!

Después supe que en una húmeda gruta, delante de Himeneo, que preside los matrimonios, mi padre y Dido se habían unido, en plena tormenta.

¡Qué dichoso me sentí!

Los días eran entonces muy divertidos. Mi padre vivía feliz, ocupado en la construcción de la nueva ciudad de los tirios, y Dido era como una madre para mí. Pero los dioses no piensan como nosotros. ¿A que ya sabes quién se metió en nuestras vidas? ¡Sí, Júpiter, por supuesto! Le dio un mensaje para mi padre a Mercurio y este vino volando...volando...y se lo dio:

-Eneas, le dijo, ¿Qué haces aquí, olvidándote de tu reino y de tus intereses? Si no te importa tu propia gloria, debes pensar en Ascanio, para quien los dioses reservan el reino de Italia. El rey de los dioses te ordena que abandones estas tierras.

Mi padre comprendió súbitamente que Júpiter tenía razón. Él era Eneas, el caudillo troyano, y debía cumplir con su deber. Le contó a Dido lo que ocurría y ella muy triste habló:

-¡No te vayas, Eneas! -le dijo- ¿Olvidas que eres mi esposo?

-No lo olvido, ni te olvidaré mientras viva -dijo mi padre, con la voz quebrada por la emoción- Guardaré en mi corazón el amor que siento por ti. Pero no puedo desoír el mandato de Júpiter...

Y aquí me tienes, amigo mío, otra vez navegando, otra vez rumbo a Italia, porque lo quieren los dioses. Algo me aprieta el pecho hasta hacerme doler...y los ojos se me nublan a cada rato.

Hasta pronto, querido amigo.

Pobre Ascanio, que habías encontrado la dicha y el calor del hogar. Ojalá nunca sepas que tu querida Dido murió de amor.

Los juegos fúnebres

Norma Luna

En el ocaso, Cartago brilla a lo lejos. Eneas, con su armada, se interna en el mar. Un oscuro nubarrón presagia la tormenta. El piadoso troyano guía al piloto de sus naves, Palinuro, en medio de la borrasca.

-No te opongas a la naturaleza, Palinuro. Tuerce el rumbo hacia las costas de Sicilia.

Ya en tierra, al amanecer siguiente, mientras escapan las estrellas por el horizonte, Eneas entusiasmado, habla a sus compañeros de esta manera:

-Valerosos hijos de Troya, linaje de dioses, en esta tierra yacen los restos de mi venerable padre desde hace un año. Ahora, pues, recordemos todos juntos su muerte. Celebraremos competencias deportivas, juegos fúnebres que servirán para honrarlo. Realizaremos una regata, una carrera pedestre, un combate pugilístico con cestos, una prueba de puntería con flechas. Habrá recompensas para todos. Yo mismo actuaré como árbitro. Pero antes, oremos a los dioses.





Ya junto al sepulcro de Anquises, Eneas cumple el rito de las libaciones y, esparciendo purpúreas flores, venera con exclamaciones de amor la memoria de su padre. También inmolan, según la costumbre, ovejas, cerdos y novillos.

Al noveno día comienzan las competencias deportivas. Acuden a ellas, de los pueblos cercanos, competidores y público. Los campos y las riberas se llenan de gente.

En la regata compiten cuatro naves. Quienes resultan sorteados como capitanes resplandecen de oro y púrpura, y los tripulantes, coronados con ramas de álamo ungen con aceite sus hombros que brillan al sol.

Después de muchos esfuerzos de los atletas y de mucha algarabía del público, triunfa Cloanto. El vencedor ciñe sus sienes con una corona de verde laurel.

Tras la regata viene la carrera pedestre. Cuando se escucha la señal de largada, se despliegan como una nube los competidores, pero enseguida se destacan dos jóvenes, Niso y Euríalo. Después de diversas alternativas triunfa Euríalo, famoso por su juventud y belleza.

Luego Eneas convoca a los pugilistas. Sale a la lucha el esforzado Dares. Cuando Troya existía, fue el único que se atrevió a desafiar a Paris. Ahora Dares va a recibir el premio, ya que nadie se presenta a competir contra él. Entonces Acestes, del linaje de Troya, amonesta

amistosamente a Entelo, un siciliano muy fuerte pero ya lento por la edad, en estos términos:

-Entelo, ¿de qué te vale haber sido el más fuerte de los héroes si ahora consientes que otro gane el premio sin luchar?

Entelo, tomando coraje le responde:

-Tus palabras, Acestes, han herido mi amor propio y te voy a demostrar que no tengo miedo, a pesar de mis muchos años.

Mientras dice esto, arroja los dos guantes forrados de plomo y hierro sobre la palestra. En señal de combate. Se planta, colosal, en medio de la arena. Comienza la pelea. Los puños vuelan, sin fin, por el aire. Entelo resiste firme, mientras Dares lo hostiga con furia. De pronto Entelo lanza su derecha, Dares lo esquiva y Entelo por su propio impulso, cae al suelo. Los clamores del público llegan al cielo. Entelo se levanta y con bríos renovados ataca con furia. Dares comienza a sentir los golpes y se bambolea, trastabillando peligrosamente. Ante esto, Eneas interviene como juez, y pone fin a la lucha para evitar una desgracia. Entelo es declarado vencedor y recibe un novillo como premio. Lleno de arrogancia exclama:

-Conozcan ustedes, troyanos, quién es Entelo, hijo de una diosa. Vean cuáles han sido sus fuerzas cuando era joven. Vean de qué muerte segura se ha librado Dares.

Y diciendo esto, levanta los dos puños calzados con los guantes y los deja caer entre los cuernos del novillo, hundiéndole la testuz. El animal se desploma en tierra.

Entonces Entelo invoca a Erice, su maestro en este arte de pugilato y dice:

-Acepta, ¡oh Erice!, este novillo en lugar de la muerte de Dares, a quien yo podría haber matado. Con esta victoria yo declaro que abandono el pugilismo definitivamente. La vida de un hombre vale mucho más que la más grande de las victorias.

En la competencia con saetas participan los más hábiles arqueros troyanos y sicilianos. Eneas pone como blanco una paloma a la que ata con una cuerda suspendida desde lo alto del mástil de una nave. La flecha arrojada por Acestes, mientras vuela al cielo, comienza repentinamente a arder entre las nubes dejando una estela de fuego que finalmente se pierde en el infinito. Sería este un hecho mágico de terrible agüero para el futuro. Acestes es proclamado vencedor y Eneas le ciñe el laurel del triunfo en las sienas.

A continuación, la exhibición con caballos regocijará el espíritu de todos. Los protagonistas serán esta vez los adolescentes, dirigidos por Ascanio, el hijo de Eneas. El espectáculo es soberbio. Tanto jinetes como corceles caracolean en vistosos alardes de zigzag. Parten veloces, en simulada carrera, para luego dibujar movimientos

coreográficos que fingen un combate con marchas y contramarchas. Los jóvenes están inaugurando los juegos troyanos, que tendrían una larga trayectoria en épocas posteriores.

Unos días después, el piadoso Eneas se hace a la mar. Los vientos apacibles soplan benéficos sobre las aguas. A lo lejos, los hombres creen ver a Neptuno quien recorre las olas en su bellissimo carro de caballos fogosos. Lo acompaña su comitiva de inmensas ballenas, rápidos tritones y ágiles delfines.

Las naves troyanas siguen así su rumbo favorable en busca del destino prometido.

Eneas en el infierno

Elena Ciardonei de Pelliza

-¡Padre, mira qué playa tan extensa!, gritó Ascanio.

Sus largas piernas de adolescente bajaron ágilmente de la nave. Eneas y Acates lo siguieron y todos los compañeros hicieron lo mismo. Llenaron la playa que las popas de las naves alegraban con variados colores.

-Acates, apúrate, ve a buscar a la Sibila, ordenó Eneas.

-Ascanio miraba alrededor con curiosidad y asombro. Su padre lo advirtió y le dijo:

-Hemos llegado a Cumas, en la Hesperia. ¡Estamos en Italia! ¿Ves aquel alto monte? Allí están los bosques de Diana y, en la cima, el templo de Apolo. Contra el cielo azul, el templo blanquísimo brillaba como una corona.

-¿Cerca de allí tiene su morada la Sibila? Háblame de ella, padre.

-Es la sacerdotisa de Apolo. Él le inspira en sabiduría y así la Sibila puede revelar las cosas futuras.

-¿Es muy anciana?

-No lo sé, Ascanio. Apolo le concedió vivir tantos años como granos de arena pudiera ella apretar en su puño. Pero vete, hijo, únete a los demás. Ya viene Acates y la Sibila y debo ir a su encuentro.

-Eneas -dijo la Sibila apenas se acercó -es necesario que hagas sacrificios a los dioses. Luego, sígueme.

Piadosamente, Eneas ordenó los sacrificios acostumbrados y participó en ellos. Poco después, él y la Sibila llegaron al umbral del templo. Eneas oró:

-Apolo, permítenos por fin establecernos en Italia. En mi reino construiré templos de mármol y para ti un magnífico santuario.

Se abrieron por sí solas las enormes puertas del templo, Eneas y la Sibila entraron. Ella tenía el rostro como petrificado, le había cambiado el color y su cabellera se había erizado. El troyano fue tras ella, que se dirigía por largos corredores a la cueva de los oráculos. Entonces allí, transfigurada, la sacerdotisa comenzó a decir su profecía. Fue estremecedor, la voz de la Sibila parecía un rugido. Salía por todos los corredores y se multiplicaba el eco de muchos subterráneos y por las aberturas de las rocas.

-Eneas, dijo, por fin te libraste de los peligros del mar. Llegarás a los reinos que te han prometido. Pero veo que después te esperan terribles guerras, en Italia hay otro Aquiles.

-Estoy preparado hace tiempo -dijo el valiente Eneas- para lo que me vaticinas. Quiero pedirte algo muy importante para mí. Dicen que muy cerca de aquí está la entrada del Infierno. Después de que murió mi padre, su espíritu se me presentó y me pidió que acudiese a ti para que me indicaras el camino. Necesito ver una vez más a mi padre.

-Es fácil bajar al Infierno, las puertas están abiertas día y noche. Pero...es difícil volver a salir a la luz del día. Pocos lo han logrado. Como te mueve un amor tan grande hacia tu padre, te ayudaré. Oye lo que tienes que hacer: en un árbol del bosque se oculta un ramo de oro, tiene propiedades mágicas y da al que lo posee, un poder del que los hombres carecen. Búscalo. Deberás tomarlo con tu mano. Además, harás sacrificios antes del descenso.

No dijo más. Pensativos, Eneas y Acates salieron del templo.

-¡Cómo deseo encontrar el ramo de oro! -exclamó Eneas.

Ni bien habló, vio volar dos palomas que se posaron en la hierba.

-¡Son las aves de mi madre! ¡Sírvanme de guías, avecillas de Venus!



Siguió a las palomas, que volaban un poco y se detenían a picotear la hierba, daban tiempo a Eneas para seguirlas. De pronto, se posaron en la copa de un árbol. Sobre el verde follaje brillaba el ramo de oro. Eneas lo tomó sin perder tiempo. Luego, ordenó sacrificios y ofrendas a los dioses infernales, Plutón y Proserpina. Con profundo recogimiento los hicieron junto a la boca de una caverna que exhalaba vapores tan malolientes que ningún ave se atrevía a volar sobre ella: era la entrada del Infierno. Valerosamente, Eneas siguió a la Sibila. En un instante, toda luz desapareció y reinaron las tinieblas más densas.

-¡Qué profunda y oscura es esta cueva! -exclamó Eneas -
¡Parece abierta en roca viva!

-Esa laguna que ves junto a la entrada se llama Averno y rodea un denso bosque. Mira, ya estamos en el Infierno, el reino de Plutón.

-¿Y ese río de corriente tan veloz? Parece hervir...

-Es el Aqueronte, que brota desde el fondo del abismo. Sus aguas forman la laguna Estigia. Debemos atravesarla.

En la penumbra, Eneas veía, conmovido, sombras siniestras, monstruos gigantes que revoloteaban alrededor, criaturas sin color en este mundo sin sol.

-¿En qué nave la atravesaremos?

-Solo hay una, la del barquero Caronte.

Este, al verlos, quería impedirles el paso.

-¡Atrás!- dijo a Eneas -¡Los vivos no pueden entrar a la mansión de los muertos!

-Este es el piadoso Eneas- le explicó la Sibila. Quiere bajar al reino de las sombras para ver a su padre. Toma este ramo de oro y acerca tu barca a la orilla para que podamos subir.

Caronte, tranquilizado por el ramo mágico, llevó a la Sibila y al guerrero hasta la orilla opuesta.

Cuando desembarcaron, ¡qué horror!, vieron un enorme perro con tres cabezas, con cola de dragón y muchísimas serpientes en su cuello y espalda. El terrible monstruo los miraba amenazante. Entonces la sacerdotisa, que iba prevenida, le arrojó unas apetitosas masitas hechas con miel y semillas de adormidera.

-¡Toma, Cerbero!, le gritó la Sibila. El monstruo las comió vorazmente y, en el acto, se tendió a dormir.

Avanzaron a través del palacio de Plutón, oscuro y poblado de gemidos, hasta que comenzaron a ver lucecitas que se hacían más y más grandes, y, de pronto, la luz lo colmó todo.

-Hemos llegado a los campos Elíseos, Eneas. Mira qué lugar apacible. Aquí el verde es eterno y, los que fueron buenos, disfrutan.

-Allí veo a mi padre. ¡Padre mío! -Grito Eneas.

-¡Al fin has venido, hijo querido! ¡Qué alegría verte y oírte otra vez!

Eneas muy conmovido, trató de abrazarlo. Tres veces lo intentó, pero la figura de su padre se le escapaba cada vez, como si fuera un sueño.

-Hijo querido -dijo Anquises- tu valor me demuestra que llevarás a cabo la misión ordenada por los dioses. Fundarás un pueblo que será importante y su grandeza se admirará en toda la tierra. ¡Que los dioses te sean favorables!

-Padre mío,- dijo Eneas -colmas de paz mi corazón.

Y sentados sobre el césped fresco, conversaron Anquises y su hijo por un largo rato sobre el destino de la ciudad que Eneas fundaría de acuerdo con tantas predicciones. De pronto dijo la Sibila:

-Eneas, apresúrate. No debes permanecer en el infierno más de un día. Despidete ya de tu padre. El tiempo ha pasado velozmente.

Con el corazón rebosante de emoción, Eneas se despidió de Anquises. Su ánimo había logrado, al fin, las fuerzas que necesitaba para cumplir su destino. Salió del infierno y se dirigió, con el paso más firme que nunca, hacia sus compañeros.

Por fin Italia

Elena Ciardonei de Pelliza

Los pájaros buscaban sus nidos en las copas de los árboles para pasar la noche que se acercaba.

Por el camino solitario del jardín de su palacio, el rey Latino caminaba lentamente. Del brazo de su padre, Lavinia, la joven princesa, se dejaba llevar en la dulzura del atardecer.

Lavinia era una muchachita esbelta y graciosa. Una diadema de piedras preciosas sujetaba apenas su cabellera que se enmarañaba a cada paso. Lavinia parecía bailar del brazo de su padre y su largo vestido se arremolinaba, se envolvía y se abría como una campanilla silvestre movida por la brisa.

-Padre, sentémonos aquí, junto al estanque. Hace mucho que quiero preguntarte... Padre... ¿Por qué no permites que me case con Turno?

Antes de que Latino le contestara, Lavinia continuó apresuradamente:

-Tú sabes, padre, cuántos príncipes del Lacio quieren que yo sea su esposa. Pero mi madre dice que Turno los

aventaja a todos: es un príncipe de antiguo y poderoso linaje. Además, es un valiente. Los rútuos, su pueblo, lo aman. ¡Y es joven y gallardo!

-Hija, ¡Déjame hablar! ¡Calla un momento! ¡Y no me interrumpas!

Lavinia, no del todo convencida, se dispuso a escuchar a su padre.

-Ha llegado el momento -dijo Latino-, en que debo confiarte algo que tiene que ver con lo que te preocupa. No es un capricho mío, pero no puedo permitir que te cases con un príncipe italiano. Nada tengo contra el valiente Turno, al que Amata, tu madre prefiere entre todos. Pero...hace mucho tiempo, un adivino me dijo que un varón extranjero vendría con su ejército a dominar nuestras tierras. Y... ¿acaso no te acuerdas, Lavinia, del día en que, junto al altar, cuando quemábamos contigo el incienso, ardieron tus cabellos, tus vestidos?...

-Sí que lo recuerdo, padre. ¡Qué susto! Casi se quemó por completo mi diadema más preciosa...

-Así fue. Cuando consulté a los augures sobre ese episodio, me contestaron que significaba que te esperaba un destino magnífico, pero que a la vez nuestro pueblo sufriría terribles guerras. Mi temor por ti y por mi pueblo me llevó a consultar el oráculo de Fauno, mi padre. Inmolé en su

honor cien lanudas ovejas y esperé junto al altar hasta que, desde el fondo del bosque, salió la voz de Fauno.

-Y ¿Qué te dijo, padre? Cuéntame, cuéntame...

-Me dijo que deberías casarte con un extranjero y...

-¿Con un extranjero?

-... Y que esa alianza llevará nuestro nombre hasta las estrellas. Nuestros descendientes, los tuyos, Lavinia, someterán y regirán a cuantas naciones contempla el sol cuando recorre el cielo, de un océano a otro.

Lavinia no supo qué decir. Sus ojos buscaron el sol que ya llegaba al ocaso. Apoyó la cabeza en el hombro de su padre y una mezcla desconocida de alegría y temor la estremeció.

Sin que Latino ni Lavinia lo sospechen, Eneas y los suyos ya han llegado a Italia. Eneas descubre desde su nave, en la cercana orilla iluminada por los primeros rayos del sol, un bosque muy verde por donde desemboca un río caudaloso y manso. Eneas no lo sabe, pero ese es el río Tíber. Espumoso y amarillo, entra al mar con alegres remolinos. El jefe troyano ordena:

-¡Dirijan las naves por esa desembocadura!

Por primera vez pisan los sufridos marinos las deseadas playas.

-Padre, tengo un apetito feroz -dice Ascanio.

-No solo tú, hijo mío. Mira cómo nuestros compañeros se apresuran a preparar la comida. Hoy comeremos tortas de harina y frutas silvestres, Ascanio. ¡Ayudémoslos!

Urgidos por el hambre, no tienden mesas sino que rápidamente colocan las grandes y delgadas tortas sobre la hierba y las cubren con frutas frescas, jugosas y perfumadas. Todos comen vorazmente y, acostumbrados a alimentos más contundentes, los troyanos quiebran con las manos las tortas, crocantes y sabrosas, y las comen entre exclamaciones de placer.

-Mmm.... ¡Qué ricas! -Nos comeremos hasta las mesas - comenta Ascanio, divertido, a su padre.

Eneas recuerda entonces el oráculo de la Harpía Celeno, quien le había profetizado que el hambre sería la última calamidad que deberían soportar, y grita, conmovido:

-¡Esta es nuestra patria! ¡Amigos, hijo mío, hemos llegado al fin de nuestras desgracias! Aquí debemos fundar la primera población, la ciudad prometida.

Todos se abrazan y lloran de alegría, mientras llenan de vino las copas y las coronan de flores campesinas.



Desde el cielo, furiosa, Juno contempla a los troyanos. Ve su armada, que en vano trató de destrozarse. Los ve dichosos marcando el límite de la nueva ciudad. La ira la enloquece.

-¡Para esto los perseguí por todos los mares! No he podido contra ellos porque los dioses del cielo, mis hermanos, no estuvieron de mi lado. Pero me vengaré. Llamaré en mi ayuda a los dioses del infierno.

Velozmente se dirige a la tierra de los muertos y llama a gritos:

-¡Alecto! ¡Ven aquí, hija de la noche! Eres la Furia más temible, y tan malvada, que tu padre, Plutón, y tus hermanos te aborrecen. Ven, Alecto. Necesito de ti y de tu corazón que se alegra solo con crímenes y guerras, traiciones y tristezas.

Inmediatamente se presenta la horrible Alecto, monstruosa, abominable, con el cuerpo y la cabellera erizados con negras serpientes.

-Aquí estoy, Juno -dice con voz cavernosa- a tu disposición.

-¡Qué repulsiva es! -piensa Juno-, pero servirá mejor que nadie a mis planes. Y le dice:

-Hija de la noche, quiero que defiendas mi honor y mi fama. Quiero que suscites una guerra cruel entre pueblos hasta

ahora unidos como hermanos. Haz que sus juventudes se odien y busquen, furiosas, las armas.

-Haré lo que me ordenas, dice Alecto. En primer lugar, enloqueceré a la reina Amata, que hasta ahora solo sabe quejarse y llorar porque Lavinia no se casa con Turno. Ya verás cómo infundo en sus venas un espíritu más horrible que yo... Ella será quien desbarate los planes del rey Latino.

- ¡Bien! ¿Y qué más? -pregunta Juno

-Encenderé una antorcha de odio en el pecho del valiente Turno, para que solo desee la guerra, para que rompa la paz y marhe con sus guerreros contra el rey Latino.

-¿Y qué más?...¿qué más? –dice Juno, brillantes sus ojos malvados.

-Mi obra maestra: haré que el mismo Ascanio, sin quererlo, inocentemente, provoque la guerra.

Juno sonrío feliz. Goza anticipadamente con el sufrimiento de los odiados troyanos. Piensa un momento y exclama:

-¡Y si Latino se resiste a hacerlo, yo misma abriré las puertas del templo de Jano... Y la guerra comenzará!

Alianzas en la Hesperia

Dolores Granados de Arena

Por fin ha llegado Eneas con sus naves a la Hesperia como lo anunciaron los vaticinios del rey Latino.

-¡Gracias a los dioses! -dijo Ascanio que había permanecido mudo durante todo el día- estaba harto de ver solo agua a mi alrededor.

Eneas saluda emocionado el suelo que pisa:

-¡Salve, tierra a mí destinada por los hados! ¡Salve también ustedes, fieles Penates de Troya! Aquí está nuestra morada.

En cambio, entre los habitantes del lugar, los ánimos están exaltados gracias a la intervención de Juno a través de la Furia Alecto. Turno, el jefe rútilo, aumenta el criminal frenesí de la guerra recién despertado, cuando a gritos dice a los suyos:

-¡Los teucros han sido llamados a compartir el reino de Latino y yo he sido expulsado del palacio!

-¿Cómo? -Se preguntan todos- ¿Un extranjero será dueño de estas tierras?



Fuera de sí deciden que, ya que ha sido traicionada la paz, es preciso expulsar de las fronteras al enemigo. De los más alejados lugares acuden guerreros que reclaman insistentemente a Marte, el dios de la guerra.

El rey Latino trata de calmar los ánimos, pero cuando ve que no puede lograrlo, pone por testigos a los dioses de palabras que muy pronto habrán de cumplirse.

-Ustedes expiarán el castigo con su sacrílega sangre, y a ti, Turno, te espera un terrible suplicio e invocarás a los dioses demasiado tarde- dice el rey.

A pesar del vaticinio del viejo rey, se desata la guerra. Y no se trata de una pelea agreste con armas primitivas. Hay hachas de doble filo y espadas de bronce que brillan al sol. El primero que emprende la guerra y arma su ejército es el duro Mecencio, despreciador de los dioses, venido de las costas tirrenas. Junto a él avanza su joven hijo Lauso, domador de caballos. Detrás llegan los gemelos Catilo y Coras, juventud argiva. También están Mesapo, Ufente y Virbio, el hermosísimo descendiente de Hipólito. Hay representantes de todas las regiones al mando de sus ejércitos. Turno sobresale entre los demás con toda su cabeza, y está Numano, y Camila, la guerrera de la región Volsca entre muchos otros.

Eneas, de acuerdo con lo que el dios Tíber le había aconsejado en sueños, va con sus naves hacia Palantea, la ciudad de los Arcades donde reina Evandro, para lograr una

alianza guerrera. Este accede inmediatamente al pedido de Eneas y le ofrece como compañero a Palante, su hijo, su esperanza y su consuelo.

Lejos de allí la diosa Venus, preocupada por la guerra, consigue que su esposo, Vulcano, forje en la fragua las armas para Eneas, su hijo: el terrible casco, la rígida coraza de bronce, las flexibles grebas, la espada portadora del hado, la jabalina y el escudo de siete láminas con hermosos relieves que el señor del fuego, sabedor del porvenir, cincela representando los principales acontecimientos futuros.

Cuando el héroe troyano las recibe, reflexiona apesadumbrado:

-¡Ay! ¡Cuántas muertes aguardan a los míseros Laquentes!
¡Qué castigo van a recibir de mis manos! ¡Cuántos escudos y valientes cuerpos de héroes arrastrarás bajo tus olas, padre Tíber!

Dos amigos de verdad

Elena Ciardonei de Pelliza

La tarde se convertía poco a poco en negra noche. De guardia en una puerta del campamento de Eneas, dos centinelas: Euríalo, muy joven, impaciente y arrojado, alto y gallardo; Niso, varios años mayor, valiente, fuerte y juicioso, hábil como ninguno en el manejo de las flechas.

-¡Euríalo!- dijo Niso en voz baja pero con acento feroz- ¡Deja ya de moverte de aquí para allá! No te has quedado quieto un momento desde que comenzó nuestra guardia. Te verán los centinelas de Turno que todavía rondan el campo. Mira las hogueras que han encendido: a su luz los veo comer, beber y entretenerse con sus juegos.

-¿Cómo quieres que me quede quieto? -Protestó Euríalo- estoy cada vez más impaciente. Desde que Turno rompió la tregua, nuestro campamento está rodeado. Si no fuera porque Eneas nos ordenó, antes de partir, que solo defendiéramos el campamento hasta su vuelta, te aseguro que ya habría salido a luchar contra Turno y los suyos.

-¡No sabes lo que dices!- casi gritó Niso. ¡Solo por ser tan joven puedes ser tan inconsciente! Debemos esperar a que



Eneas vuelva con los aliados que haya logrado reunir. Mientras tanto, hay que obedecer las órdenes y defender esta puerta hasta que nos releven, ¡Y deja ya de pasearte! Te lo pido en nombre de nuestra amistad.

-Perdóname, compañero. -dijo Euríalo- ¡Eres tan comprensivo! Eres mi mejor amigo. No sé cómo me soportas.

-Desde que somos amigos, hace ya tanto tiempo - reflexionó Niso-, hemos luchado siempre juntos y hemos compartido los mismos peligros, siguiendo a Eneas. Te comprendo muy bien... Y voy a confesarte una cosa: yo también ardo en deseos de luchar.

-¡Lo sabía!, dijo Euríalo.

-¡Calla! Escucha lo que se me ha ocurrido, mirando a los enemigos que nos rodean. Fíjate, las hogueras brillan cada vez menos, casi se apagan. La mayoría de los enemigos, vencidos por el vino, cansados, duermen confiados y desprevenidos.

-Los veo, sí, los veo. Y... ¿Qué idea descabellada te da vueltas en la cabeza?- preguntó Euríalo.

- Tú sabes que todos, en nuestro campamento, quieren que se llame a Eneas con urgencia. Hay que enviar mensajeros sin perder tiempo. Y yo estaba pensando... Mira... ¿ves aquel cerro, en la oscuridad?- estiró el brazo para señalarlo- creo que si lo faldeo podré encontrar el camino

que me lleve hacia Palantea, la ciudad del rey Evandro, donde está Eneas. Aprovecharé la oscuridad y el sueño de los enemigos.

-¿Qué dices, Niso? ¿Ir tú solo, a enfrentar tan grandes peligros? ¡Jamás! Yo iré contigo.

-Querido Euríalo, no esperaba menos de ti. Te conozco perfectamente. Pero eres muy joven, debes vivir todavía muchos años, por ti y por tu madre, que te siguió valerosamente hasta estas tierras tan alejadas de Troya, donde estaba su hogar.

-No lograrás convencerme -dijo Euríalo-. Iré contigo. Despertemos a los centinelas que nos relevarán y, cuanto antes, vayamos a ofrecernos como mensajeros. ¡No hablemos más!

-¿Qué hacer con este muchacho?- pensó Niso, y se dejó arrastrar por el brazo de su amigo, resignado.

Los caudillos teucros estaban reunidos en el centro del campamento. Entre ellos, el joven Ascanio ocupaba el lugar de su padre, Eneas. Con asombro vieron llegar a Niso y Euríalo. Estos, muy entusiasmados, pidieron permiso para hablar ante todos. Niso expuso el plan que había urdido para salir del campamento y eludir a los soldados de Turno. Cuando terminó de hablar, todos los jefes, conmovidos por tanta entrega y heroísmo, los abrazaron. Ascanio les ofreció incontables recompensas si traían a su padre.

Entonces Euríalo dijo:

-Solo te pido una cosa, Ascanio. Tú sabes que mi madre me acompaña desde que salimos de Troya. Ella no sabe ahora que correré peligro, y no voy a decírselo. No podría soportar su llanto... Te pido que la consueles y la ayudes si.... Así, partiré dispuesto a enfrentarlo todo.

Conmovido hasta las lágrimas, como todos los jefes que lo rodeaban, pudo decir Ascanio:

-Yo te prometo, valiente Euríalo, que tu madre ocupará en adelante el lugar de la mía. Así la cuidaré. Lo juro por mi cabeza, como jura mi padre.

Le regaló su espada de oro, mientras los demás caudillos los proveían con lo mejor de sus armas. Sin perder el tiempo, los acompañaron hasta las puertas, dándoles fuerza con palabras alentadoras.

Silenciosamente, agazapados en la oscuridad como dos ágiles gatos, Niso y Euríalo avanzaron por entre los enemigos rendidos por el sueño. Para asegurar su huida, uno y otro daban muerte a los soldados de Turno que encontraban a su paso, aunque estaban dormidos. Niso iba adelante, tratando de salir del cerco lo más rápidamente posible. Euríalo, en cambio, parecía sediento de muerte y se demoraba.

-¡Apúrate!- le ordenó Niso-, pronto amanecerá.

La luz de la Aurora será nuestra enemiga.

-Te sigo, Niso. Mira el yelmo que llevo: era de uno de los jefes. Se lo quité después de matarlo.

-No cargues más armas, Euríalo. Debemos ir livianos para correr como ciervos ligeros.

Debían atravesar un bosque muy cerrado. Niso avanzó por la ruta que se había fijado. Iba adelante, sin advertir que dejaba cada vez más atrás a su compañero. De pronto, un ruido de caballos y jinetes lo paralizó. Venían en ayuda de Turno trescientos soldados al mando de Volcente, un guerrero feroz.

Niso se escondió entre unos matorrales para que no lo vieran al pasar, y luego siguió su camino sigilosamente.

El sol que ya despuntaba en el horizonte comenzó a iluminar el bosque, y uno de sus rayos se reflejó como una viva luz en el yelmo que el imprudente Euríalo llevaba algunos pasos más atrás de Niso. Inmediatamente los enemigos, atraídos por el reflejo, lo vieron y lo rodearon con rapidez. A los gritos de los soldados y del mismo Euríalo, Niso se volvió. Comprobó que el valiente joven no lo seguía y corrió, sin pensar más que en su amigo en peligro, hacia donde las voces lo llevaban. Desde lejos vio la escena: Volcente quería matar sin demora a Euríalo. Niso, hábil como ninguno y sin pensarlo dos veces, arrojó una flecha certera y mató un enemigo y enseguida otro más. En

el acto, Volcente gritó, enfurecido, mientras se arrojaba sobre Euríalo:

-¡Si no aparece ya mismo el asesino de mis soldados, te mataré!

-¡No! -exclamó Niso- ¡He sido yo! ¡Mi amigo no ha hecho nada!

Y avanzó hacia Volcente. Este, furioso, descargó con fuerza su espada sobre el indefenso Euríalo, que murió en el acto. Entonces, hirviendo su corazón de dolor e ira, Niso se arrojó sobre el grupo, espada en mano, deseando matar solo a Volcente. Su fuerza se multiplicó; solo, entre tantos enemigos, pudo matar a Volcente y vengar a su amigo. No pudo salvar su propia vida, ni lo intentó. Las espadas de muchos soldados que lo rodeaban lo atravesaron y cayó junto a Euríalo. Murieron juntos, como habían vivido.

Camila, la amazona

Dolores Granados de Arena

Durante la guerra contra los troyanos, los itálicos cuentan, entre los jefes que ayudarán a lograr un posible triunfo, con Camila, conductora de una tropa de guerreras amazonas.

Narran que Camila fue una niña preciosa, alegre, y valiente. Cuando su padre, Métabo, tuvo que huir de sus tierras, los enemigos lo perseguían de cerca. Mientras corría velozmente con su hija en brazos, pensaba en cómo salvarla, pues un río desbordado le cerraba el paso.

-¿Cómo hago para cruzarlo? -se preguntó-. Yo puedo nadar pero ¿Y Camila? Pide a los dioses que lo ayuden y de pronto, al mirar cómo las cañas de la ribera se mecen con el viento sin quebrarse, grita entusiasmado:

-¡Esto haré! ¡Gracias, dioses! La ataré con cuidado a mi fuerte lanza de roble y, para no dañarla, protegeré su cuerpo con cortezas de alcornoque.

Enseguida blande su lanza con la preciosa carga y la arroja con todas sus fuerzas hacia el otro lado del río, mientras implora a Diana, la diosa de la caza y de los bosques:

-¡Oh, virgen, benéfica moradora de los bosques, yo mismo, su padre, te ofrezco esta niña como sierva!

El río devuelve como un eco el silbido de la lanza en el aire. Camila va feliz.

-¡Brr! ¡Qué fría estará el agua -grita-, pero qué hermosa es la sensación de volar!

La lanza cargada con la niña concluye su travesía y se clava profundamente en la otra orilla. Métabo nada velozmente, cruza el río y cuando sale del agua arranca la lanza de la tierra y desata, ilesa, a la niña cuya vida de aquí en más estará consagrada a la diosa Diana.

Los días de Métabo y Camila transcurren ahora entre bosques, riscos, montes y ríos. Comen lo que les brinda la naturaleza y se visten con pieles de animales. El padre enseña a la niña a manejar el arco y las flechas, a tirar con la honda, a nadar...

-Toma el arco con esta mano, y con la otra lo tensas, apunta bien y disparas -le dice.

Ella siente que el carcaj le pesa, pero aprende. Y un día pregunta a su padre: -¿Crees que alguna vez podré tener tan buena puntería como tú?

Y el padre sonriendo le contesta:

-Y mejor, Camila, mejor.



A la niña le gusta correr por los bosques, escuchar el canto de los pájaros y jugar con los animales que son sus amigos. Le gusta también pasarse horas mirando cómo los patos se zambullen en los lagos, sacan luego sus cabecitas y las sacuden salpicando miles de gotitas que brillan al sol. O mirar las nubes que parecen tomar formas raras y perseguirse en el cielo.

Al crecer tuvo como amigas a otras jóvenes que como ella estaban entregadas al culto de Diana, la Trivia, reverenciada en los cruces de caminos. Con ellas llegó a formar un ejército, el de las Amazonas, entusiastas competidoras en lanzar la jabalina, andar a caballo, tirar con el arco. Todas eran hermosas, pero ella lo era más y la más temeraria y la consejera de las recién iniciadas en el culto; por eso la eligieron como su reina.

-¡Vengan a ver a Camila! -gritaba Aca, su amiga más fiel, y luego decía con entusiasmo:

-En verdad tú puedes vencer a los vientos en la carrera y podrías también volar por encima de los sembrados sin herir las tiernas espigas. Tan leve es tu paso.

Camila solo sonreía.

Toda la juventud la admiraba y las madres soñaban con que llegara a ser su nuera. Pero Camila anhelaba acciones heroicas y parecerse cada día un poco más a Diana. Por eso

quiso participar en la lucha que los pueblos itálicos al mando de Turno llevaron a cabo contra Eneas y los suyos.

En el desfile de las tropas itálicas se escuchan ruidos de armas que se entrechocan, gritos de mando, relinchos de caballos, voces de soldados de cada uno de los pueblos aliados. Entre ellos se destaca Camila. Su corazón parece saltársele del pecho por la emoción, y el arco y las armas resuenan en su hombro mientras marcha al frente del ejército resplandeciente de bronce.

Durante los enfrentamientos son muchos los enemigos troyanos derribados por las amazonas. Un guerrero a quien Camila acosa, trata de tenderle una trampa y la increpa:

-¿Qué tiene de noble confiarte en un caballo para luchar?
¡Atrévete a combatir a pie y mide tus fuerzas conmigo en el llano!

Pero cuando ella desmonta confiada, el artero soldado vuelve a riendas y escapa. Camila, muy capaz para eso, corre rápida como el fuego, sobrepasa el caballo del enemigo asiéndolo por el freno y mata de frente a su adversario. Los compañeros del guerrero se sienten heridos en su orgullo porque una mujer los pone en fuga y uno de ellos, Arrunte, a partir de ese momento persigue furtivamente a Camila, esperando el instante en que ella se descuide.

-Yo vengaré a mis compañeros -se promete-, aunque mi acción no me signifique gloria alguna.

Cuando atraída por el brillo de las armas, el casco de oro y el manto púrpura de un sacerdote frigio, Cloreo, Camila se desvía para seguirlo embelesada, Arrunte le lanza un dardo mientras suplica a Apolo:

-¡Oh el más grande de los dioses, concédeme que la amazona caiga vencida por mi herida para vengar el deshonor sufrido!

El dios lo escucha y la jabalina penetra profundamente en el pecho de la joven, bebiendo su sangre virginal. Ella arranca el dardo con su mano, pero la punta de hierro se mantiene fija en lo profundo. Su cuerpo, ya sin vida, se desliza del caballo y sus ojos se cierran con el frío de la muerte mientras su amiga Aca la sostiene.

Un ejemplo de amor filial

Laura López de Vega

Entre los jefes que apoyan a Turno contra los troyanos está Mecencio, el etrusco. Lo llaman por su crueldad el “Despreciador de los dioses”. Ha traído a la guerra a su hijo Lauso, un joven hermoso que luce con orgullo la túnica que su madre ha tejido con fino hilo de oro y que lleva el cabello trenzado, según la moda etrusca.

Mecencio avanza por la campiña como un turbión, blandiendo una enorme jabalina. Una barba que le llega al pecho enmarca su rostro de gesto adusto. Eneas, buscándolo en medio de una larga fila, se dispone a enfrentarlo. El etrusco aguarda impertérrito a su enemigo. Piensa que si le da muerte se cubrirá de gloria. Entrecierra los ojos y mide el espacio para arrojar la jabalina con certeza.

-¡Que mi diestra -no hay otro dios para mí-, exclama, me asista! Te prometo, Lauso, que podrás vestirme con los despojos que arrebate al cuerpo del pérfido Eneas.

Arroja el dardo que, desviado por el escudo de Eneas, va a clavarse en las entrañas de Antor, un noble soldado de las

huestes troyanas. Eneas se enardece por la muerte de uno de los suyos, arroja su lanza contra Mecencio, le asesta una profunda herida en la ingle y se dispone a atacar al enemigo más de cerca.

El joven Lauso no puede contener las lágrimas al ver a su padre en tal peligro. No lo piensa un instante. Su amor filial lo impulsa a intervenir, a proteger a su padre a toda costa. Se atreve a enfrentar al poderoso enemigo que tiene delante sin medir las consecuencias. No piensa en su propia inexperiencia: lo único que quiere es salvar a su padre Mecencio.

El jefe troyano mira al joven que tiene delante, detiene su brazo por un momento y se lamenta de que el destino los haya puesto en ese trance.

-¿A dónde vas, muchacho? -le dice-, el amor a tu padre te impulsa a esto. En verdad los siglos venideros deberán conocer tu gran valentía y el sacrificio de tu dura muerte.

La lanza de Eneas atraviesa el escudo y la túnica que la madre de Lauso tejó con hilos de oro. Cuando el hijo de Anquises ve el rostro pálido del joven, con los cabellos a la moda manchados de sangre, se compadece de él, exhala un gemido y le tiende la diestra, exclamando:

-¿Qué podré darte ahora, desventurado mancebo, a cambio de esta hazaña, de esta acción tan noble que has

realizado por amor a tu padre? Te devuelvo tus armas, de las que te mostrabas tan orgulloso.

Eneas lo levanta del suelo -seguramente está pensando en Ascanio-, y se lo entrega a sus compañeros que lo rodean consternados.

Entretanto Mecencio, junto a la orilla del Tíber lava sus heridas y pregunta, ansioso, por la suerte de su hijo. En estos momentos los compañeros del joven se acercan portando su cuerpo.

Desde lejos, el padre intuye la amarga verdad. Mancha sus cabellos con sucio polvo en señal de duelo y, extendiendo los brazos al cielo, exclama:

-¡Oh Lauso querido! ¿El placer de vivir fue para mí tan grande que permití que un hijo mío tomara mi lugar para enfrentar al enemigo? No supe protegerte. No soy digno de seguir viviendo.

Y aunque la gravedad de sus heridas no lo deja moverse con facilidad, ordena que le traigan su caballo, noble compañero de muchas batallas, y le habla así:

-Rebo, ¡Cuántos azares hemos vivido juntos! Hoy vamos a jugarnos el todo por el todo. O llevarás, vencedor, la cabeza de Eneas y serás conmigo vengador de Lauso, o sucumbiremos juntos, pues no creo que tú, mi noble caballo, quieras sufrir las órdenes de otro dueño.





Mecencio se acomoda como puede sobre Rebo, toma en sus manos buena cantidad de dardos y se cubre con el casco que remata un penacho de crin equina. Decidido, corre en medio de los enemigos y con potente voz llama desafiante a Eneas tres veces.

Cuando están frente a frente, el etrusco, consciente de la superioridad de su enemigo, le ruega:

-Una sola cosa te pido, Eneas, si alguna gracia puede concederse al vencido: haz que mi cuerpo repose en el sepulcro junto al de mi hijo tan querido.

Cuando le llega la hora, el rostro del cruel Mecencio parece embellecido por la muerte.

La batalla final

Dolores Granados de Arena

¿Se puede hablar de encono, de la cólera siempre viva en Juno, una diosa? ¿A qué se debió si no la tormenta que dispersó las naves troyanas no bien se hicieron a la mar en Sicilia?

Evidencian rencor sin duda sus palabras al rey Eolo cuando le pide que desate sus vientos:

-Sabe, Eolo, que un pueblo que es mi enemigo navega por el mar Tirreno llevando a Italia sus Penates vencidos... ¡Destruye sus naves! ¡Desparrama sus cuerpos!

-¿Y la intervención de la furia Alecto para despertar el ansia de guerra de los rútuos? ¿Y la ruptura de los pactos de paz con cualquier estratagema? Incluso llegó a abrir ella misma las puertas de la guerra.

-¿Latino no quiere tocarlas? -dijo con soberbia- ¡Yo misma las abriré!

Logró despertar la compasión de los rútuos por Turno poniendo en boca de un guerrero palabras que los conmovieron:





-¿No os avergüenza -dijo este-, que se exponga por todos nosotros una sola vida, siendo como somos tan valerosos?

Tantas intervenciones tuvo Juno tratando de inclinar las acciones a favor de Turno, que logró colmar la paciencia de Júpiter, quien finalmente la llama al orden:

-¿Qué pretendes todavía? -le pregunta- ¿Cuándo llegará el final? Ya te concedí antes una demanda. Te prohíbo que intentes nada más.

El padre de los dioses logra convencerla de que deje actuar al Destino, prometiéndole que los itálicos, sus defendidos, conservarán las costumbres patrias, la lengua y su nombre.

-Yo fijaré los ritos de los sacrificios -dice-, y los haré a todos latinos con una sola lengua.

El bando de los itálicos, que tiene muchos aliados, es comandado por Turno, un joven valiente y piadoso. Cuando el rey Latino le pide que no luche, responde con orgullo:

-Yo tengo razones muy valederas, Latino, para el enfrentamiento con los advenedizos: lucho por mi tierra, por mis dioses y por Lavinia, que es mi amor.

Los troyanos y sus aliados tienen como jefe, por supuesto, a Eneas. Los legados latinos le preguntan insistentemente:

-¿Por qué luchas tú en tierra tan lejana a la tuya?

Y él aclara una y otra vez:

-No he llegado a estas costas por mi voluntad. Los hados me señalaron el lugar.

El héroe troyano está ansioso por combatir para terminar, de una vez por todas, con la guerra que odia desde que vio a su patria destruida por ella. Momentos antes de partir para la lucha, su hijo busca los brazos paternos con cariño y entrecortadamente le ruega:

-¡Cúidate, padre, por favor!

Eneas estrechándolo más le responde con dulzura:

-Me cuidaré, Ascanio, te lo prometo, pero acostúmbrate a aprender de mí el valor y el verdadero esfuerzo; de otros, la fortuna.

Por otra parte Turno, descontento por la actitud de Latino, le había pedido reiteradamente que tuviera fe en él y en los pueblos aliados:

-Nosotros también causamos estragos, soberano, y también mana sangre de las heridas que hacemos.

Y con seguridad en sí mismo agrega:

-¿Eneas me desafió a mí solo? Incluso que me desafíe.

Pero después de encuentros con muchos altibajos y muchas muertes de ambas partes, se llega finalmente a un

punto en que nadie es capaz de sostener el empuje de los troyanos.

Cuando Turno se da cuenta de que los suyos pierden terreno, se exalta dispuesto como nunca a enfrentarse con Eneas. Al tomar la espada de su padre, templada en las aguas de la Estigia, ruega con fervor:

-¡Ahora, arma a la que nunca he invocado en vano, concédeme derribar el cuerpo del tirano aborrecido!

Juno, inquieta por el desarrollo de la guerra, llama a gritos a Juturna, hermana querida de Turno, y la conmina:

-Arranca a tu hermano de la muerte o rompe el pacto acordado.

La joven, acongojada, metamorfoseándose en el auriga de Turno, lo desvía del campo de batalla.

-¡Por aquí, por aquí persigamos a los troyanos y no te retirarás inferior en honor!

Lo mantiene así, alejado de la lucha, hasta que finalmente el jefe rútilo, avergonzado porque ha reconocido a su hermana, le pregunta con amargura: -¿Permitiré que nuestras casas sean destruidas? Hermana, yo no seré nunca indigno de nuestros antepasados. ¡Deja ya de retenerme!

Ansioso por luchar, de un salto desciende del carro al campo de batalla. Latino contempla cómo los dos héroes se

enfrentan finalmente. Chocan sus escudos y un oscuro fragor llena el aire. Turno asesta un golpe con todo su cuerpo, pero, lamentablemente, la espada que en su prisa había tomado no era la paterna, hecha por Vulcano, sino otra cualquiera, que se rompe en el encuentro. El héroe se da cuenta de que los dioses no están de su parte, siente que su cuerpo no le responde como antes y vacila.

-¿Por qué te detienes ahora? -Le grita Eneas después del ataque- ¿Por qué retrocedes?

Y Turno le responde:

-No me asustan tus palabras, maldito, los dioses me aterran, y Júpiter como enemigo.

Eneas blande el dardo fatal y lo arroja con todas sus fuerzas contra Turno. Silbando estridente, la jabalina abre los bordes de la coraza y del escudo y atraviesa el muslo del rútilo, que cae a tierra. Turno no pide gracia para sí porque sabe que merece lo que le ocurre, pero sí pide a Eneas que se apiade de su anciano padre, Dauno.

-¡Devuélveme a los míos- dice-, o, si no quieres hacerlo, devuelve mi cuerpo privado de vida. Venciste -reconoce angustiado-. Lavinia es tuya, no laves más allá de tu odio.

El héroe troyano empieza a conmoverse al escucharlo, cuando ve sobre los hombros del caído, el tahalí y el

cinturón de clavos de bronce de Palante, a quien Turno había matado con crueldad y al que con soberbia había arrebatado de esos despojos. Enceguecido por el dolor que causa ese recuerdo, grita a turno:

-¿Vas a escapar de mí, tú, vestido con los despojos de los míos? ¡Palante, Palante te inmola con mi herida y toma venganza en tu sangre criminal!

Enseguida clava su espada en el pecho de su enemigo que muere, y su alma huye al reino de las sombras.

Roma, ciudad eterna

Lucrecia Bracelis

El poderoso Júpiter lo había anticipado: pasarían trescientos años hasta que una sacerdotisa, Rhea Silvia, descendiente muy lejana del piadoso Eneas, diera a luz a dos gemelos. Uno de ellos, Rómulo, fundaría la muy augusta ciudad de Roma. Ese salto daremos en nuestra historia. Nada menos que trescientos años desde la victoria de Eneas sobre los rútuos.

La hermosa Rhea Silvia vivía en Alba Longa, ciudad fundada por Ascanio, el hijo de Eneas. Era hija de Numitor a quien su hermano, el ambicioso Amulio, había arrebatado el trono. Amulio obligó a su sobrina a ser una Vestal, para que no tuviera hijos que pudieran algún día, disputarle el trono.

Rhea Silvia entró al templo de las Vestales resignada a no salir jamás, pero el dios Marte se enamoró de ella, y de su unión nacieron dos gemelos a los que llamó Rómulo y Remo. Al tener noticias de esto, el cruel Amulio, furioso, ordenó a un sirviente que los niños fueran arrojados al Tíber en una cesta. El río los recibió bondadosamente y los protegió hasta que su corriente dejó la cesta varada al pie del monte Palatino, junto a una higuera. Allí los encontró

una loba que había bajado a beber: Al ver a los niños, curiosamente se amansó y los amamantó. En realidad, el mismo dios Marte había enviado a la loba, animal consagrado a él, para conservar la vida de los gemelos. Con ella se criaron hasta que un día el pastor Fáustulo los descubrió y los llevó a su casa, una humilde cabaña. Al llegar dijo a su esposa:

-Aca Larentia, ¡Mira lo que traigo! Son dos hermosísimos bebés que encontré junto al río.

-Los criaremos como si fueran nuestros -respondió la mujer-, ¡Qué alegría me das, esposo mío! ¡Me sentiré feliz cuidando a estos niños!

Fue pasando el tiempo y los gemelos se hicieron altos y hermosos como verdaderos hijos de un dios, aunque ellos ignoraban su origen. Habían recibido buena educación y despreciaban la ociosidad y la vida tranquila de los pastores. Les gustaba la caza y no solo perseguían animales sino también a los ladrones que merodeaban por aquellos lugares. Ayudaban a los pobres y a los débiles. Su fama se iba haciendo cada vez mayor. Muchos jóvenes decían:

-¡Unámonos a los gemelos! Con ellos tendremos aventuras y juegos y podremos ayudar a los que tengan necesidades.

Y así el grupo de jóvenes que los seguía fue cada vez más numeroso.

Un día, Rómulo propuso:

-Hagamos una gran fiesta para celebrar nuestros triunfos.

Durante la fiesta, fueron atacados por sorpresa por soldados del rey Amulio y, aunque lucharon con valentía, fueron vencidos.

-¡Socorro, hermano, me llevan prisionero!- Gritó Remo.

Pero su hermano no lo pudo impedir y Remo fue llevado ante Amulio, acusado de muchos crímenes.

El pastor Fáustulo sospechaba desde hacía tiempo que los niños que había recogido pertenecían a la estirpe real, porque conocía la orden del rey a su sirviente. Pensaba:

-Estos niños deben ser herederos del rey. Recuerdo que la época en que los recogí coincide con la de aquella orden del cruel Amulio. Además, yo los encontré junto al Tíber.

Sin vacilar, llamó a Rómulo para confiarle su sospecha:

-Muchacho, creo tú y tu hermano sois nietos de Numitor. He vacilado en decírtelo, pero ahora que Remo está en peligro, es necesario que sepas la verdad.

En el palacio, el ambicioso Amulio decía para sí: -Sospecho que estos gemelos tan valientes, son los hijos de mi sobrina Rhea Silvia.

Y en otro rincón de la ciudad, el buen Numitor pensaba:

ROMA, CIUDAD ETERNA



LUCRECIA BRACELIS



-Brotó de mi corazón una gran esperanza cuando oigo hablar de esos gemelos de tan noble altivez. ¿Serán acaso mis nietos? Su edad coincide con la que tendrían aquellos niños...

Conocido su origen, Rómulo vistió su traje de guerrero. Se puso la coraza con escamas, el cinto de metal y partió hacia el palacio de Amulio con un grupo de amigos fieles, decidido a liberar a su hermano. Después de una lucha desigual, el valiente Rómulo rescató a Remo y juntos se presentaron ante el rey impostor. Le dijeron:

-Amulio, ¿Nos reconoces? Somos los hijos de Rhea Silvia. Encarcelaste a nuestra madre y quisiste deshacerte de nosotros, sin saber que alguien más poderoso que tú arruinaría tus planes. Hoy venimos a reclamar el trono que legítimamente pertenece a nuestro abuelo Numitor.

-¡Eso nunca! -gritó Amulio- ¡Soldados, prendedlos!

Pero Rómulo, sin vacilar, sacó su espada y dio muerte a su tío abuelo.

De inmediato fueron a buscar a Numitor, quien, emocionado, abrazó a sus nietos y dijo:

-Este es el día más feliz de mi vida, pues recupero a mis nietos y mi trono.

Los gemelos harían algo más importante aún. Remo sugirió a su hermano:

-Rómulo, ¿qué te parece si fundamos una ciudad en el mismo lugar donde fuimos salvados y criados?

-Me parece una idea excelente -respondió Rómulo- pero... ¿quién va a fundarla?

Como cada uno quería tener el protagonismo de fundar la ciudad, la tranquila conversación terminó en una agria disputa.

-No podemos decidir que lo haga el mayor -opinaba Rómulo-, porque somos gemelos.

-Ya sé qué haremos -dijo Remo-. Consultaremos los augurios. Ellos nos ayudarán.

Uno partió hacia el monte Aventino, el otro hacia el Palatino. Ganaría el primero que viera buitres. Pero los augurios les jugaron una mala pasada: Remo vio primero los buitres, que fueron seis, pero Rómulo, aunque más tarde, vio doce. Ambos creían haber ganado y la ira se apoderó de ellos. Como no lograban ponerse de acuerdo, cada uno por su lado trazó los límites de la futura ciudad. Rómulo, muy serio, le dijo a su hermano, recordando los antiguos ritos religiosos:

-Respetar el trazado que abarca el sitio de mi futura ciudad. Perecerá el que intente cruzarlo.

Remo, celoso por la supremacía que mostraba su hermano, lo desafió:

-Yo cruzaré esos límites. Tú no puedes asustarme.

Y cruzó la línea prohibida. Rómulo dudó un instante, pero comprendió que la ciudad estaba por sobre todo y dio muerte a su hermano.

Entonces, el fundador empuñó un arado con reja de bronce y unciendo dos reses, macho y hembra, abrió un surco profundo que marcaba el lugar de las murallas; y en los lugares por donde no pasó la reja se levantaron las puertas.

Así quedó fundada Roma, la ciudad eterna, que tomó su nombre de Rómulo y que fue la cabeza del imperio más poderoso del mundo antiguo.

Glosario

Abante: Rey de Argos.

Abrego: viento del sur

Acates: Amigo de Eneas que, tras su derrota en la guerra de Troya, se unió a él en el exilio camino de Italia.

Acestes: Su nombre significa "cabra agradable" literalmente, era el hijo de Criniso y una mujer troyana llamada Segesta. Fundó una ciudad en Sicilia con el nombre de su madre y fue su primer rey.

Alba Longa: Fue una antigua ciudad del Lacio fundada por Ascanio, hijo de Eneas.

Alecto: En griego antiguo Ἄ ληκτώ, que significa 'implacable' es una de las Furias, hijas de Aqueronte, dios del río del Infierno y de la Noche.

Amazonas: Pueblo conformado y gobernado íntegramente por mujeres guerreras que moraban en el Asia Menor. No toleraban hombres entre ellas más que para los trabajos serviles. En ciertas épocas se unían a extranjeros para perpetuar su raza. Solo conservaban a las hijas mujeres, que eran educadas con esmero. Se las privaba del seno derecho para que fueran más hábiles en el manejo del arco.

De ahí su nombre, formado por “a” privativa y “mazos”, seno.

Amulio: Rey de Alba Longa, fue el hermano menor de Numitor e hijo de Procas. Destronó a su hermano Numitor y consagró el culto de Vesta a su sobrina Rhea Silvia.

Andrómaca: En griego antiguo Ἀνδρομάχη *Andromákhê* cuyo significado es "Aquella cuyo varón está combatiendo". Esposa de Héctor, princesa troyana. Después de la toma de Troya fue esclava de Pirro, quien la entregó a su esclavo Heleno, hermano de Héctor.

Anquises: Era un príncipe troyano y primo del rey Príamo de Troya. Fue amado por Venus, la diosa del amor, quien, bajo forma humana, se le unió en el monte Ida mientras apacentaba sus rebaños, unión de la que nació Eneas.

Apolo: Hijo de Júpiter y de Latona. Hermano gemelo de Diana. Dios de la belleza masculina, del sol, de la música, de la poesía, de la medicina y de la adivinación.

Aqueronte: ‘río del dolor’ ὁ ἄχρα ῥέων. Río del Infierno. Se cuenta que en sus aguas todo se hundía salvo la barca de Caronte, que accedía a pasar las almas de los difuntos a cambio del óbolo o de monedas de ceniza que se ponían a los muertos en los ojos para pagarle la travesía.

Aquiles: Héroe de la Guerra de Troya, hijo del rey Peleo y la nereida Tetis, y uno de los principales protagonistas y más

grandes guerreros de la *Ilíada* de Homero. Leyendas posteriores afirman que Aquiles era invulnerable en todo su cuerpo salvo en su talón.

Arcades: Habitantes de Arcadia, región central del antiguo Peloponeso (Grecia peninsular)

Argivo: Poético por “griego”.

Arturo: Estrella de la constelación *Bootes*. Guardián.

Ascanio: Julo o Yulo, es el hijo de Eneas y Creusa.

Astianacte: Hijo de Héctor y de Andrómaca, y nieto de Príamo, rey de Troya. Héctor le dio el nombre de Escamandro, el del río que baña Troya, pero el pueblo prefiere llamarlo Astianacte. Ἀστυάναξ (*Astianax*) significa "el que reina en la ciudad", de ἄστυ (ciudad) y ἄναξ (dueño). Aquiles lo precipitó de la muralla de Troya.

Aurora: Eos entre los griegos. Diosa cuyos dedos rosados abrían las puertas del cielo al carro del sol.

Aventino: Una de las siete colinas de Roma, situada en la parte meridional de la ciudad, al sur del Capitolio.

Averno: Era el nombre antiguo que se le daba al Infierno, lugar de los muertos.

Bóreas: Del griego Βορέας, “viento del norte”.

Butroto: Ciudad marítima del Epiro, frente a Corcira, fundada por el príncipe troyano Heleno, hijo del rey Príamo, hermano de Paris y Héctor y hermano gemelo de Casandra. Heleno habría huido de la Guerra de Troya hacia el oeste, se instaló en la región de Epiro y la fundó.

Camila: Reina de los Volscos. Fue consagrada a Diana y aliada de Turno en la guerra con Eneas

Campos Elíseos: Lugar del Infierno, delicioso, al que iban las almas de los buenos cuando morían.

Caón: Era un héroe troyano, hijo de Príamo, muerto involuntariamente por su hermano Heleno en una cacería.

Caonia: Comarca del Epiro, llamada así en honor de Caón.

Caribdis: Del griego antiguo *Χάρυβδις* *Chárybdis* , ‘succionador’, es un horrible monstruo marino, hija de Poseidón y Gea, que tragaba enormes cantidades de agua tres veces al día y las devolvía otras tantas veces, adoptando así la forma de un remolino que devoraba todo lo que se ponía a su alcance. Abismo del estrecho de Mesina.

Casandra: Hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya. Sacerdotisa de Apolo, quien le dio el don de la profecía. Sin embargo, viéndose traicionado, la maldijo escupiéndole en la boca: seguiría teniendo su don, pero nadie creería jamás en sus pronósticos. Tiempo después, ante su anuncio

repetido de la inminente caída de Troya, ningún ciudadano dio crédito a sus vaticinios. Ella, junto con Laocoonte, fueron los únicos que predijeron el engaño en el Caballo de Troya.

Cartago: Ciudad del norte de África, en el actual Túnez

Celeno: Era una de las Harpías.

Ceraunia: Del latín, Ceraunias "Piedra del rayo", roca situada cerca de Escila, sobre la costa de Italia.

Cerbero: También conocido como Canserbero o Can Cerbero, era el perro monstruoso de Hades, Infierno. Aseguraba que los muertos no salieran y que los vivos no pudieran entrar.

Cloreo: Sacerdote de Cibeles, madre de dioses.

Creta: Es la isla más grande de Grecia y la quinta en tamaño del mar Mediterráneo.

Creúsa: Es una hija de Príamo y Hécuba. Fue la primera esposa de Eneas, a quien dio un hijo: Ascanio.

Cumas: Es una ciudad de la Campania, al sur de Italia, donde se hallaba el antro de la Sibila.

Dárdano: Era el hijo de Zeus y Electra, una de las Pléyades. fundador y rey legendario de Troya (o Dardania)

Daunio: Rey de la Apulia

Deyopea: Una de las ninfas de Juno.

Delos: la más pequeña de las islas Cícladas, en el mar Egeo. En ella estaba el templo de Apolo

Diana: Diana era la diosa de la caza, protectora de la naturaleza y la Luna. Su diosa griega equivalente es Artemisa, hermana gemela de Apolo

Dido: Fundadora y primera reina de Cartago

Drépano: Nombre de la isla de Corcira

Elíseos: Ver Campos Elíseos

Encélado: Era uno de los Titanes, hijo de Tártaro y de la Tierra, a quien Júpiter enterró debajo del Etna.

Eneas: Héroe de la guerra de Troya, hijo de Anquises y la diosa Venus. Fue criado en las montañas. Tras la caída de la ciudad recibió el mandato divino de partir y fundar una nueva ciudad. Empezó un viaje hasta el Lacio (la región centro occidental de Italia) donde tras una serie de acontecimientos se convirtió en rey y a la vez en el progenitor del pueblo romano.

Eolia: Comarca de Asia Menor, entre la Tróade y la Jonia.

Eolo: Hijo de Júpiter, dios de los vientos y las tempestades.

Epiro: Provincia occidental de Grecia.

Erix: Hijo de Poseidón y Afrodita. Fue venerado en un monte de Sicilia.

Escila: Escila es un monstruo marino. Habitaba en un estrecho paso marítimo en Italia, en el lado opuesto a su contraparte Caribdis, en el estrecho de Mesina.

Estigia: Laguna del Infierno, cuyas aguas eran mortales.

Etna: Volcán de Italia, en la isla de Sicilia

Euro: Viento del Este.

Evandro: Rey de la Arcadia. Fundador, en el Lacio, de Palantea, sobre el Palatino. Es ya viejo cuando Eneas le pide ayuda contra los rútuos.

Fauno: Semidios de los campos y bosques.

Fineo: Era un rey de Tracia.

Frigio: Relativo a Frigia, equivale a troyano.

Furias: Demonios del mundo infernal en las creencias romanas primitivas.

Harpías: Hijas de Neptuno. Monstruos alados con rostro de mujer y cuerpo de buitre. Hacían sentir a su alrededor un olor infecto y corrompían instantáneamente los alimentos que tocaban.

Héctor: Fue un príncipe troyano, hijo de Príamo y Hécuba. Hermano de Creusa, muy querido por su pueblo. Esposo de Andrómaca. Fue muerto por Aquiles. Héctor era conocido como el domador de caballos.

Hécuba: Fue la segunda esposa de Príamo, reina de Troya, De sus hijos los más famosos son Héctor, Paris, Casandra, Heleno, Políxena y Troilo.

Heleno: Fue un príncipe troyano, hijo del rey Príamo y su esposa la reina Hécuba. Al nacer él y su hermana melliza, Casandra, fueron dotados por el dios Apolo con el poder de la adivinación.

Hesperia: Nombre dado por los griegos a Italia.

Himeneo: También llamado Himen, hijo de Venus y Baco. Presidía los matrimonios.

Hipólito: Fue hijo de Teseo e Hipólita, reina de las amazonas. Amante de la caza y de los ejercicios físicos.

Helena. Era considerada hija de Júpiter con Leda y casada con Menelao, rey de Esparta. Fue seducida o raptada por Paris, príncipe de Troya, lo que originó la guerra de Troya.

Ida: Montaña en la que Eneas pasó su infancia. Con la madera de sus árboles sagrados se construyó la flota de los troyanos al mando de Eneas.

Infierno: Región subterránea, morada de las almas de los muertos buenos y de los malos.

Iopas: Citarista en la corte de Dido, Cartago.

Italia: Península del sur de Europa en el mar Mediterráneo.

Iulo: Segundo nombre de Ascanio, hijo de Eneas, por el cual se relacionaba a los troyanos con la familia romana de los Julios, a la que pertenecieron Julio César y Augusto.

Jano: En la mitología romana, es el dios de las puertas, los comienzos, los portales, las transiciones y los finales. Por eso le fue consagrado el primer mes del año y se le invocaba públicamente el primer día de enero, mes que derivó de su nombre (que en español pasó del latín Ianuarius a Janeiro y Janero y de ahí derivó a enero). Según la leyenda, cuando los sabinos intentaron tomar el Capitolio, Jano hizo brotar aguas hirvientes sobre los enemigos, repeliéndolos. Por ello se le invocaba al comenzar una guerra, y mientras esta durara, las puertas de su templo permanecían siempre abiertas, con el fin de que acudiera en ayuda de la ciudad; cuando Roma estaba en paz, las puertas se cerraban.

Janto: Río de la Troade, también llamado Escamandro.

Juno: La diosa de la maternidad en la mitología romana; protectora de las mujeres, los compromisos, reina del

Olimpo, hermana y mujer de Júpiter. Enemiga de los troyanos debido a que un troyano, Paris, elegido juez para decidir cuál era la diosa más bella. Entre Juno, Palas Atenea y Venus, adjudicó el premio a Venus.

Júpiter: Dios supremo del cielo y padre de los dioses y de los hombres. Hijo de Saturno.

Juturna: Hermana de Turno

Lacio: Antigua región de Italia central.

Laocoonte: Era el sacerdote de Apolo, troyano

Latino: Hijo de Fauno, rey del Lacio. La esposa de Latino fue Amata; y su hija, Lavinia.

Laurentes: Habitantes de Laurento, ciudad del Lacio

Lavinia: Hija de Latino, el rey de los latinos, y de Amata, prometida de Turno. Lavinia y Eneas se casaron y tuvieron un hijo, al cual llamaron Silvio.

Libia: Región del norte de África.

Marte: Era el dios de la guerra, la agricultura y los pastores. Hijo de Júpiter y de Juno. Ares entre los griegos.

Mecencio: Rey de Ceres, en Etruria, y según la tradición, tirano de todo el Lacio. Aliado de Turno en la guerra contra los troyanos.

Menelao: Rey de la Esparta, esposo de Helena

Mercurio: Hermes para los griegos. Dios mensajero de Júpiter.

Meriomes: Héroe cretense, amigo de Aquiles

Métabo: Padre de Camila. Rey de los Volscos

Minerva: Es la diosa de la sabiduría, las artes, la estrategia militar. Se corresponde con Atenea en la mitología griega.

Miseno: Trompetero de Eneas, de los troyanos.

Neptuno: Es dios del mar, hijo de los dioses Saturno y Ops, hermano de Júpiter y Plutón. Poseidón en la mitología griega.

Nicotoe: Era una de las Harpías.

Numitor: Según la tradición romana, el abuelo de los fundadores de Roma: Rómulo y Remo. Rey de Alba Longa, descendiente de Eneas. Padre de Rhea Silvia.

Ocípete: Era una de las tres Harpías.

Olimpo: Es la montaña más alta de Grecia y segunda de los Balcanes. Hogar de los dioses principales del panteón griego.

Orión: Constelación ecuatorial, una de las más hermosas.

Orontes: Piloto de una nave.

Osa Mayor: Constelación siempre visible en el hemisferio norte.

Palante: Hijo del rey Evandro, muerto por Turno.

Palantea: Ciudad del Lacio regida por el Rey Evandro.

Palatino: Una de las siete colinas que rodea a la ciudad de Roma, situada en el medio de las seis restantes. En ella estuvo emplazada la Roma primitiva

Palinuro: Piloto de una nave de Eneas.

Pándaro: Compañero de Eneas, muerto por Turno.

Paris: Príncipe troyano, hijo de Príamo y Hécuba, hermano de Héctor y famoso por raptar a Helena, lo cual causó la guerra de Troya.

Patroclo: Amigo de Aquiles. Muerto por Héctor. Fue vengado por Aquiles.

Penates: Eran, en la mitología romana, genios protectores del hogar. Cada casa tenía sus Penates y el Estado Romano los suyos, que Eneas llevó consigo desde Troya.

Pérgamo: Nombre de la ciudadela de Troya, y por extensión Troya.

Plutón: Fue el rey del Infierno en la mitología romana. Su equivalente en la mitología griega era Hades.

Proserpina: Fue hija de Ceres y Júpiter, y se la describe como una joven sumamente encantadora. Esposa de Plutón.

Remo: Hermano de Rómulo, descendientes de Eneas, y asesinado por este luego de una disputa de poder.

Rea Silvia: Hija de Numitor y obligada a ser una virgen vestal por su tío Amulio. Madre de Rómulo y Remo con el dios Marte.

Rómulo: Hermano de Remo, descendientes de Eneas, asesinó a su hermano luego de una disputa por poder, fundó la ciudad de Roma.

Rútulos: Habitantes del Lacio, cuyo jefe era Turno.

Saturno: Fue el más antiguo rey de Creta, hijo de Urano y de la Tierra. De él nacieron Júpiter, Neptuno y Plutón. Dios de la agricultura y la cosecha de la mitología romana. Fue identificado con el titán griego Cronos

Sibila: Sacerdotisa encargada de hacer conocer los oráculos de Apolo.

Sicilia: La isla más grande del sur de Italia, en el Mediterráneo.

Simois: Era un dios-río de la Troade, afluente del Janto.

Tarento: Golfo de Italia.

Teucros: Troyanos.

Timbra: Ciudad de la Troade, donde Apolo tenía un templo.

Tirreno: Parte del mar Mediterráneo, junto a Italia.

Tracia: Región de la Península Balcánica al norte de Grecia.

Troade: Región del Noroeste de Asia menor donde se encontraba Troya.

Troya: Ciudad de Asia Menor.

Troyanos: Habitantes de Troya.

Turno: Héroe italiano, jefe de los rútilos, muerto por Eneas.

Ulises: Héroe griego, rey de Ítaca y el ingenioso planificador del caballo de Troya.

Vellocino de oro: Famoso vellón de la Cólquide robado por Jasón.

Venus: Diosa del amor y la belleza, madre de Eneas con el príncipe troyano Anquises. Afrodita para los griegos

Vestal: En la religión de la Antigua Roma, era una sacerdotisa consagrada a Vesta, diosa del fuego que arde en el hogar.

Volcente: Capitán rútilo, guerrero aliado de Turno.

Volscos: Tribu de Italia, habitantes del Lacio.

Vulcano: Dios del fuego, hijo de Júpiter y Juno, esposo de Venus. Su fragua se encontraba en el monte Etna. Forjador de las armas de los héroes. Hefesto entre los griegos.

Zeus: dios supremo de la mitología griega. Júpiter para los romanos.